
THE UNIVERSITY LIBRARY • UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO •


THE UNIVERSITY LIBRARY • UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO •

Drama del Alma

ALGO SOBRE MEXICO Y MAXIMILIANO

POESIA EN DOS PARTES

Con notas en prosa y comentarios de un loco

POR

Don José Zorrilla

MADRID—1888

INTRODUCCION Y PROSPECTO

MIRAMAR

I

Castillo de Miramar
que en el mar azul te miras,
¿por qué miras sin cesar
mar adentro en ese mar
cuyas ráfagas aspiras?
¿Por qué va tu Castellana
de un balcón á otro balcón,
y á través de su persiana
contempla la mar lejana
con febril agitación?
Cierra todos los balcones,
castillo de Miramar:
cuelga de negros crespones
tus gallardos torreones
y no mires más al mar.
Ya es en vano que le adules;
en vano enfloras tus salas,
en vano tu mármol pules,
y tus perfumes exhalas
sobre sus ondas azules.

Haces mal si en el favor
fías del voluble mar:
te arrullará alhagador,
y tus pies irá á besar;
pero el mar siempre es traidor.
Miramar, no fíes más
en las ondas pasajeras
del mar que mirando estás;
que no te traerán jamás
al que por ellas esperas.
Quita de ese torreón
ese mástil señorial;
ya se rasgó el pabellón
que ostentó en él tu blasón
bajo corona imperial.
Tu crónica alegre ayer
como una árabe leyenda
que escuchar daba placer,
va á ser una historia horrenda
que dará miedo leer.
Castillo de Miramar,
que vas desde hoy tu belleza
con crespones á enlutar,
castillo de la tristeza
te has de venir á llamar.

II

Castillo ayer tan risueño,
hoy triste mansión mortuoria,
ayer pensaba tu dueño

que escribiera yo tu historia...
¡la suya me quita el sueño!
Hoy, que del mundo salió
del martirio con la palma,
nó la historia que él pensó
sino el drama de su alma
vengo á revelarte yo.
Otro pasaba en la mía
que enlazado está con él:
y es esta doble agonía
lo que va mi poesía
á confiar al papel.
Mas no vayas á olvidar,
si llegas mi libro á ver,
que sólo á luz de tu hogar
no se debe de leer:
sé discreto, Miramar.
Yo soy quien á tu Señor
hacia de otros lectura,
mientras era Emperador
allá donde hoy el rencor
le niega hasta sepultura.
Yo soy quien á tu Señora
canté allá una salmodía:
¡no sepa por tí en mal hora
que canto por él ahora
los salmos de la agonía!
Castillo de Miramar,
si llegan á tí estas hojas.
no se las dés á hojear:

tíralas antes al mar
en donde los pies te mojas.
 Llanto de pena verter
no hará á *la loca* infeliz,
quien lágrimas de placer
derramar la supo hacer
cuando era *la Emperatriz*.
 Castillo de Miramar
puesto para dar pavura
entre cielo, tierra y mar,
castillo de la locura
te has de venir á llamar.

III

 Castillo que á tu Señora
hoy como prisión encierras,
yo la ví poco ha de ahora,
de otro alcázar moradora
y Señora de otras tierras.
 Y la ví con inquietud
ir por aquella región,
fiada en la rectitud,
en la fe y en la virtud
de su leal corazón.
 Yo crucé en el campo un día
mi corcel con su corcel;
y temblé porque sabía
que de aquel campo podía
salir cautiva sobre él.

Tuve allá asiento en su mesa
y en su presencia sitial;
pero siempre tuve priesa
de verla salir ilesa
de aquel país desleal.
Y cuando que el mar surcaba
oí decir en Castilla,
cuando supe que arribaba
del mar de Francia á la orilla,
la creí en salvo... y erraba.
Respirando el aire había
de aquella letal región
y herida de allá venía.
¡Bien allá me lo decía
sin cesar mi corazón!
Mas bendigo al juicio Eterno
que el suyo quitarle quiso:
pues, sin juicio hoy de lo externo,
no comprenderá en qué infierno
se tornó su paraíso.
Yo, aunque otra vez se le dé
Dios, jamás á verla iré:
¡no vaya á pensar de mí
que por traidor me salvé
y que también la vendí!
Miramar, si en darla un día
rumor con tus ecos das,
no dés en la fantasía
de repetir la voz mía:
no la hables de mí jamás.

IV

Castillo de Miramar,
tú, que si al fin Dios la cura
la tendrás que aposentar
en sus días de pesar,
como en los de su locura,
empieza á ensanchar con tiento
la red de su incertidumbre,
para que con paso lento
éntre en su alma el sentimiento
de su inmensa pesadumbre.
Ya de su casa no soy
como en su Imperio: no puedo
leerla historias desde hoy;
mas con la suya me quedo
y á España á contarla voy.
Castillo de Miramar,
por cuyos balcones mira
la que cree que por el mar
á tu playa ha de arribar
el amor por quien delira;
di á tu infeliz Castellana
que del balcón se retire,
que cierre bien su persiana,
y que al mar con ansia vana
ya desde hoy nunca mire.
Dile que ya que esperar
no tiene más que en el cielo;

que el que esperó ver tornar
no halló senda por el suelo,
ni navió por el mar:
y si en tan salvaje guerra
tal vez ni aun tumba le encierra,
que no le envíe á buscar
ni vivo sobre la mar,
ni muerto sobre la tierra.
Mas que su honor queda entero:
pues quiso hacerse primero
coronado allá matar,
que entrar como aventurero
sin corona en Miramar.
¡Oh castillo sin ventura!
prisión hoy en donde llora
coronada la locura,
castillo de la amargura
te han de llamar desde ahora!

V

Castillo de Miramar
que ya al mar en vano miras,
quédate con tu pesar:
que temo que me ha de ahogar
la atmósfera en que respiras.
Castillo de Miramar
que en duelo tan infinito
envuelto vas á quedar.....
¡guay que el castillo maldito
no te lleguen á llamar!

¡Adiós, triste fortaleza,
que al mar que te azota miras:
quédate con tu tristeza,
que á darme vértigo empieza
la tristeza que me inspiras!
Yo me voy con mis cantares
á la tierra en que nací,
á echar ante sus altares
mis flores y mis pesares:
y apréndelo tú de mí.
Pues ya que *aquel* no ha de llegar
que esperábamos los dos....
Castillo de Miramar,
vamos en Dios á esperar,
que quien nunca falta es Dios.

VI

Mas oye aún, Miramar:
me pesa á mi hogar partir,
sin poder en tí sondar
algo que, á poder hablar,
me pudieras tú decir.
Mas semejante poder
Dios no puso en ti ni en mí:
¡otro el cuento había de ser,
si me dieras tú á leer
lo escrito dentro de ti!
¡Y si al tesoro común
de tu cuenta *capital*

otro cuento cada cual
pudiéramos dar aún...
fuera cuenta más cabal!
Porque tú debes saber,
pues se fué en tí á concebir,
cómo y quién dió tan ruín ser
al Imperio que, al nacer,
se envió á México á morir;
y debes saber también
cómo tu dueña infeliz
perdió su juicio y por quién,
y si hay quienes razón den
de la de la Emperatriz.

VII

¡Delira mi mente loca!
castillo, empresa tan ruda
á más poderosos toca:
Tú, que lo sabes sin duda,
eres una muda roca;
y á mí me tiene la boca
mi propia ignorancia muda.
Con que, Castillo, esperar.
Pues ninguno de los dos
cuentas de ello hemos de dar
y el tiempo lo traerá en pos,
yo me vuelvo á mi lugar:
y pues Dios es justo..., adiós,
Castillo de Miramar.

A DON PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

EL POETA

—

Pedro tu voz leal fué la primera
que me dió al regresar la bienvenida;
fué luego tu amistad mi consejera:
y hoy á España mi alma agradecida
su triste voz al dirigir, espera
nuevo favor de tu amistad cumplida:
que de la España actual la puerta me abras,
que lleves tú la voz en mis palabras.

—

Mi juicio de poeta y de cristiano
de tu amistad al juicio se sujeta;
si al hablar del que fué MAXIMILIANO
mi frase parecer puede indiscreta,
dála tú discreción: mi intento es sano;
de la fe del cristiano y del poeta
yo la llave te doy: si álguien la tuerce,
sé juez entre mi fé y el que la fuerce.

—

Tras voluntario y singular destierro,
me es nuestra sociedad mal conocida:
vuelvo... como después de un largo entierro
volvería un cadáver á la vida.

Guíame tú: corríjeme si yerro,
levántame si doy una caida;
tú bien, aunque ha poco, me conoces;
explica mis ideas y mis voces.

—

De este drama fatal voy á la escena
á hacerte descender: es una historia,
no de altos hechos, de amarguras llena.
De tus fastos históricos memoria
otras plumas harán; tarea ajéna
de la mía, no aspiro á tanta gloria:
del muerto Emperador, si Dios me auxilia,
voy á hablar y de México en familia.

—

Fe de mi religión, tu sentimiento
infunde á mi relato: Madre Santa
del Cristo, Tú que ves mi buen intento
de mi fe al par mi inspiración levanta:
voz de mi juventud, vuelve tu aliento
y vigor juvenil á mi garganta;
y útil sea á mi pueblo castellano
mi adhesión al que fué Maximiliano.

COMENTARIO DEL LOCO

Mi querido Pedro: Los versos que anteceden y los que van á seguir á esta prosa, serán probablemente música celestial para la mayor parte de los lectores de esta sociedad positivista y calculadora para la cual nos toca escribir. Me dicen que ya los versos no son letras que corren en el mercado de nuestra patria; y así debe de ser, pues los veo impresos como prosa en los periódicos; y me parecen así estudiantes que, escapados de su casa para ir á un baile de máscaras, pasan con miedo por la calle en que viven sus padres, disfrazados ya bajo un dominó negro; y así pasan los versos por entre las columnas del periódico bajo las largas líneas negras que les disfrazan.

Por eso yo, que soy el espíritu loco, condenado por Dios á hacer el viaje de esta vida en compañía del autor de estos versos; que he ido con él á Méxieo, y que he visto como él lo que allí pasa, pero de muy diverso modo y á muy diferente luz de como él lo ha visto, he resuelto anotar y comentar esta poesía suya con unos parrafitos de prosa mía; esto es: voy, como si dijéramos, á desleir el azúcar rosado de su poesía, en el

agua un si es no es amarga de mis notas y comentarios.

El poeta no ha visto en México, á la templada luz de su siempre sereno cielo, más que sus nunca marchitos paisajes, sus nunca turbias lagunas, sus siempre floridas campiñas, sus productivas haciendas tapizadas de dulces cañas, abanicadas por ondulantes platanares, arrulladas por maizale sonoros; y rayados por las losanjeadas melgas de los magueyales, como *la* piel de los tigres y de las zebras.

El poeta ha visto el risueño valle de la Mesa Central de México, el más elevado del Nuevo Mundo como un valioso chal de Cachemira, prendido por sus puntas en las crestas volcánicas de la Sierra-Madre, y tendido por Dios sobre aquella tierra, bajo el fanal de su atmósfera tibia y perfumada, como una muestra de las Obras que salen no más de sus Creadoras Manos.

El poeta ha visto á los mexicanos con sus trajes nacionales, cargados de alamares y botonaduras de plata y oro, sus anchos sombreros profusamente galoneados y festonados, sus abigarrados zarapes, sus ligeros caballos paramentados de morisca guadamacilería pasamaneada de oro y sedas; ha visto á las mexicanas con sus *naguas* de cien colores, sus mal encubridores rebozos, sus ceñidores de seda, cuyos flecos ondulan en torno de sus cimbradores talles, sus pies enanos, calzados de raso blanco, sus grandes ojos de mirar dulce como los de las gazelas, y su andar gallardo como el de los antílopes; y seducido y deslumbrado el pobre poeta por las inflexiones musicales de su cari-

ñoso acento, por las extrañas y entrañables frases de su atractiva conversación, y por las pintorescas imágenes con que expresan en ella sus pensamientos, les ha tomado á *ellos* y á *ellas* por abejas prolíficas y susurradoras, y por esmaltadas mariposas, revoloteando entre las flores de aquel jardín, que plugo á Dios señalarles para su habitación sobre la tierra.

En resumen: el poeta no ha visto de México más que lo que Dios puso en él; esto es: la luz, la vida, la hermosura, la fecundidad, la poesía, en fin, de la creación.

Yo, empero, que mientras él se perdía en espíritu por los espacios imaginarios de su poesía, me he paseado prosaicamente á pie por sus mal empedradas ciudades, he vagado por sus mal guardados caminos, me he alojado en sus aisladas haciendas y he tropezado con los *mañosos* de sus encrucijadas y los *pronunciados* de todos colores; yo, que he dado la mano, he llamado *compadritos* y he tenido que hacer lugar en la mesa á los que unos llamaban *jefes* porque tenían subalternos, y otros *bandidos* porque andaban en bandas; yo, que me he tuteado caminando mano á mano con algunos, que murieron después honradamente colgados de un nopal á la vera del camino casi en olor de santidad; pero ¡ay! olvidados ingratamente por cuantos les conocimos, por temor de ser llamados á dar en su canonización testimonio de sus virtudes; yo, en fin, que he vivido allí observando todas las cosas y metiéndome en todas partes, como loco que soy, sin hogar propio, sin oficio ni beneficio, sin opinión política,

sin interés mercantil, y esperando solo que Dios rompiera la cadena que me impedía volver á Europa, te voy á decir de México, mi querido Pedro, lo que no te dirán los profundos diplomáticos ni los grandes hombres de Estado, que toman los grandes negocios de las naciones desde su olímpica elevación, y les tratan desde ella con una entonación homérica; y las naciones, agradecidas, pagan con su sangre y con su dinero sus sabias combinaciones y sus luminosos discursos.

Yo no pico tan alto, Pedro amigo. Yo voy á darte solamente detalles caseros sobre negocios domésticos; voy tan sólo á hablarte de hechos pequeños, de rumores vulgares desdeñados casi siempre por los hombres de Estado y los diplomáticos, y casi nunca bien apreciados por los grandes historiadores; voy á decirte *algo* no más de México y sus cosas, haciéndote sobre ellas apreciaciones locas, y deduciendo de éstas extravagantes consecuencias, cuya misma excentricidad te podrá acaso servir para dar con las causas mínimas de graves acontecimientos, que buscarán los grandes políticos en más elevadas regiones.

Tal vez estás pensando, al leer éste, que mis comentarios van á estar escritos en un tono informal, ageno de la formalidad de mi asunto; pero te responderé á esta justa observación tuya con una confidencia mía; la cual, siendo una de las cosas extravagantes que te decía que habría en este libro, no será seguramente creida por Thiers, Fabre, Forey y demás hombres graves que se han ocupado y se ocuparán de esta cuestión; y es: que México es un país de broma, á pesar de todas

las atrocidades que allí pasan, y que no pasan de bromas pesadas.

Yo te probaré esto en este librejo, mi buen Pedro, y te diré cómo el noble Maximiliano, que tomó lealmente por lo serio á México, que es un país de broma como te digo, llegó primero llamado, buscado, deslumbrado y adulado; después engañado, calumniado, estafado, menospreciado y, por fin, vendido al sitio de Querétaro: en donde fué fusilado, en medio de la broma con la cual hicieron probablemente los juaristas de su muerte innecesaria una parodia del acto último de Lucrecia Borjia.

Y llamo innecesaria á la muerte del Emperador, porque realmente era inútil; no habiendo sido el Imperio más que un cadáver galvanizado, cuya existencia ficticia fué solamente sostenida por la caballerosidad de Maximiliano; incapaz de transigir con nada que creyera que empañaba su honor de caballero, ni de cejar un paso en el cumplimiento de lo que él creyó su deber de Soberano.

Por lo demás, Maximiliano debió morir en México y murió en su lugar.

Desde el momento en que se quedó allí, después de la retirada de los franceses, fué Emperador por su propia cuenta; y arrostrando las consecuencias de su heróica resolución, probó su lealtad y su buena fé, y nadie puede hoy ya tomarle por un aventurero ambicioso del oro y de la vanidad que trae consigo una corona, puesto que no se dejó quitar la suya sino con la cabeza, sobre la cual otros y no él se la hubieron

colocado. También te probaré esto más adelante.

El libro que vamos á enviarte después de esta introducción, no tiene, mi querido Pedro, pretensiones políticas, sociales ni literarias de ninguna especie; y he aquí las razones por las cuales le escribimos, le vamos á dar á la prensa y te le vamos á dedicar.

El poeta autor de sus versos, habiendo residido once años en México, por causas que á nadie importan, se cree en la obligación y con el derecho de decir *algo* sobre aquel país en las circunstancias actuales.

Habiendo sido tratado allí por Maximiliano con una deferencia y una cordialidad que sobrepujaron en mucho al escaso valor de su representación personal, tanto en el mundo social como en el literario, el poeta cree deber de su reconocimiento consagrar á la memoria del Príncipe que le honró en tierra extranjera unas cuantas páginas, dictadas por su corazón y escritas con sus lágrimas.

Habiendo sido recibido en España á su vuelta con flores, versos y aplausos, debe de manifestar su gratitud á su patria y explicar al público en general y á los poetas que le saludaron á su llegada, la razón del silencio casi descortés y del aislamiento al parecer esquivo en que ha permanecido hasta hoy, lo cual espera hacer rápidamente en este escrito.

El poeta y yo que voy á comentar sus versos para decirte en prosa lo que la poesía no debe descender á decir; te la dedicamos á tí, nuestro buen Pedro, porque habiendo sido tú el primero que nos dió la bienvenida, esperamos de tu amistad que te resignes á ser intér-

prete de nuestra gratitud á la patria en que nacimos, y sombra de cuyo pabellón hemos tenido á orgullo vivir en las naciones que nuestra inconstancia ó nuestros pesares nos han hecho visitar.

No te enviaremos, sin embargo, este libro inmediatamente, sino en el transcurso del presente mes de Agosto, porque necesitamos este tiempo para saber á qué atenernos sobre algunos hechos de la última catástrofe de México; los cuales, teniendo que pasar por Nueva York, gran fábrica de mentiras y gran desfigurador de verdades, necesitan confirmación.—VALE.

PRIMERA PARTE

INTRODUCCION

I

Era en aquella edad de fe y de gloria
en que, puesta la cruz sobre Granada,
fué, cuento de gigantes, nuestra historia,
página de oro y luz jamás borrada
del tiempo posterior en la memoria:
y en que Europa, creyente y exaltada,
juzgó á su aliento con orgullo loco
corta la tierra y el espacio poco.

II

Acosaba voraz á Europa entera
una hidrópica sed de gloria y oro;
una tras otra nave aventurera
paso buscaba por el mar del moro
á un escondido edén do una quimera
brindaba al más audaz con un tesoro:
y atizaban cien tomos de patrañas
tal vértigo febril de oro y hazañas.

III

Universal y extraña calentura
que de una gran verdad incubadora
produjo al fin la homérica aventura
del sueño universal realizadora.
Germen al par de gloria y desventura,
edén hallado ayer, perdido ahora,
un genovés tenaz de fe sencilla
nueva mitad del mundo dió á Castilla.

IV

Era verdad: allá, bajo otro cielo,
del móvil mar azul tras el cerúleo muro,
del aire azul tras el flotante velo,
límite doble á su horizonte oscuro,
tuvo Dios la mitad del terreo suelo
virgen, oculto, incógnito y seguro
de las miradas, la ambición y el ruido,
de nuestro medio mundo conocido.

V

Y allí había otras razas y otras gentes:
y la tierra en su faz y en sus entrañas
criaba, de los nuestros diferentes,
aves, reptiles, plantas y alimañas;
allí entre cataratas y torrentes,
y lagos y volcánicas montañas,
cerrado á Europa por el juicio eterno
estaba aquel edén, que es hoy infierno.

VI

Aquellas cordilleras gigantescas
alfombradas de cedros colosales,
aquellas grutas cóncavas y frescas
entoldadas de liquen y nopales,
aquellas soledades pintorescas
nido de colibrís y cardenales,
aquellos silenciosos precipicios
de la labor del hombre sin indicios;

VII

Aquellos cerros de peladas crestas
rajados por las lluvias torrentales,
aquellos llanos de combadas cuestas
cuajados de espinosos magueyales;
aquellas rampas ásperas y enhiestas
festonadas de estériles juncales,
aquellos extensísimos desiertos
al sol no más y al huracán abiertos.

VIII

Las playas de aquel mar do á nuestras gentes
asaltan á traición fiebres mortales,
aquellas tierras bajas que, calientes,
nutren selvas de vírgenes frutales,
aquellos golfos sin cesar rujientes
que ondulan sobre bosques de corales,
encerraban el oro codiciado
por la Europa famélica soñado.

IX

Y era verdad: había un nuevo mundo
tras de distinto mar del mar del moro;
un nuevo mundo real, virgen fecundo,
paraíso feraz preñado de oro:
y envuelto en el misterio màs profundo
guardado había Dios aquel tesoro,
con que Europa soñó calenturienta
de oro y hazañas pródiga y sedienta.

X

Por vagabundas tribus mal poblado
existía aquel mundo: verdad era
Dormía allí la corsa sin cuidado
de la desierta loma en la ladera;
al lago, por el hombre aún no enturviado
bajaba sus cachorros la pantera;
y el condor, aún por él no perseguido,
hacía entre los árboles el nido.

XI

De aquellos lagos límpidos á orillas
iban entre esos juncos tan preciados
(símbolos de la ley en las golillas,
lujo de nuestros viejos magistrados),
ágiles á trepar grises ardillas,
y á sestear los bisontes fatigados,
y á digerir los avarientos boas,
y á esconder los salvajes sus canoas.

XII

Y eligiendo allí en paz sitios propicios
de su industrial familia á las labores,
labraban sus curiosos artificios
hábiles arquitectos los castores:
tal vez de los primeros edificios
labrados en la tierra constructores
al hombre errante por su inculto suelo
de la primera ciudad dieron modelo.

XIII

Allí á la margen de insondables ríos
que hierven al calor de los volcanes,
cuyas riberas y álveo bravíos
sacuden terremotos y huracanes,
pelícanos volaban y tildíos,
garzas y papagayos y faisanes;
y se iban á esponjar en sus remansos
ánsares roncos y silvestres ganzos.

XIV

Allá en llanuras que jamás la caba
desenyerbó, y en bosques cuyos palos
sierra ni hacha privaron de su brava
vegetación ni les dejaron ralos,
crecía la aromática guayaba,
la xagua de buen ver y frutos malos,
la piña, el chirimoyo y los mameyes,
manjar del vulgo allá y aquí de reyes.

XV

Y allí otra raza de hombres diferente,
de distintas costumbres y lenguaje,
tal vez mejor, tal vez más inocente
que las de Europa, pero más salvaje,
por aquel ignorado continente
de la vida mortal hacía el viaje:
sin conocer la religión ni el nombre
del Uno y Trino Redentor del hombre.

XVI

¿Quiénes eran? ¿De dónde habían venido?
¿Por dónde habían saltado á aquella tierra
que un mar inmenso por bajel no hendido
en un abismo circular encierra?
Prole de Adán, si de él habian nacido,
¿qué cataclismo incógnito, qué guerra
de elementos el globo desquiciando
les aisló entre los mares? ¿Desde cuándo?

XVII

Del primitivo origen de su raza
conservaron recuerdo tan exiguo,
que aun hoy buscamos la perdida traza
que une su raza á la del mundo antiguo:
vivían de la pesca y de la caza
algunas de sus tribus en ambiguo
estado y condición semi-salvaje,
tan pobres de corazón como de traje.

XVIII

Otros empero con mejor instinto
social, con más saber y aspiraciones,
poblaron de ciudades el recinto
que les cupo en tan fértiles regiones:
diversa ilustración, genio distinto
á sus originales poblaciones
dieron otro carácter y otro sello,
mezcla de lo monstruoso y de lo bello.

XIX

Ni Egipto, do entre nieblas y misterio
su faz Adán tras Moisés asoma,
ni el ojo avaro del celeste imperio
que origen cuenta que en los astros toma,
alcanzaron á ver este hemisferio
que ni Grecia soñó, ni invadió Roma:
la fe de España con la luz de Cristo
abrió al mundo aquel mundo nunca visto.

XX

Colón abrió á la fe el teatro inmenso
de la América idólatra; la España
consagró á Dios su territorio extenso:
fe y valor se pusieron en campaña,
húmedo en sangre se quemó el incienso
y en aquella región nueva y extraña,
último paladín de la Edad Media,
abrió Cortés su heróica tragedia.

XXI

¡Dios, que al viejo Colón diste la llave
para abrir á tu luz la tierra entera;
que en él mostrastes el poder que cabe
en un alma tenaz que crée y espera;
que echar les vistes en su frágil nave
la fe y las joyas de Isabel primera
y el globo eslabonar de zona á zona
con el anillo de su real corona.

XXII

De Isabel y Colón bajo tu manto
las nobles almas en tu gloria encierra:
que nunca vuelvan desde el cielo santo
su mirada inmortal á aquella tierra:
que no vean el mar de sangre y llanto
en que ahoga de América la guerra
la fe, el honor, la ley, las tradiciones,
que la llevó la cruz de sus pendones!

XXIII

¡Dios, por quien vivo y cuya sombra adoro!
Clemente Dios cuya paterna mano
mi fe sostuvo sobre el mar sonoro,
y me amparó en el mundo americano;
yo que á aquel litoral no fuí por oro,
que amé allí al infeliz Maximiliano,
voy á enviar á su féretro sangriento
el último suspiro de mi aliento.

XXIV

¡Dios, luz de la cristiana poesía,
que me has visto exhalar en tus altares
todo el aliento de la vida mía
y toda la honda fe de mis cantares,
hoy en este lamento de agonía
es cuando necesito que me ampares!
Haz que sea en América mi acento
rujido de león calenturiento.

XXV

Pero antes de exhalarle audaz, salvaje,
como le arranca al corazón de Europa
de la feroz América el ultraje,
y de volverla de su hiel la copa....
¡oh excelsa poesía! tu lenguaje
celestial y tu noble y aurea ropa
que envilezca perdóname y que arrastre
de tal pueblo al hablar y tal desastre.

XXVI

Para hacerme entender dar de su historia
prosaicos detalles necesito:
mas cuando de ella la mohosa escoria
hoy con la pala del recuerdo agito,
tu poética faz, tu luz de gloria,
¡ay de mí! sé que anublo y que marchito;
y parte tal de la leyenda mía
es narración vulgar, no poesía.

LIBRO PRIMERO

MEXICO

NARRACION

1551

I

Era en el siglo aquel de las hazañas,
en que hidalgos de rústicos solares
abrían á la fe nuevas Españas.
Después que el buen Colón la abrió los mares
y poniendo de madre con entrañas
en su pendón la cruz de sus altares,
iba España por ambos hemisferios
abriendo mundos y borrando imperios.

II

Pisa Cortés la playa Mexicana,
y abarcando su espléndido horizonte
se tiende su mirada soberana
de volcán en volcán, de monte en monte.
De ellos detrás de multitud lejana
que airada espera que contra él se apronte
son amenazador le trae el viento....
y audaz le aspira con placer su aliento.

III

Tras aquellas coclópeas montañas
y agrestes precipicios solitarios,
á donde huyen ante él de sus cabañas
míseras los medrosos propietarios,
siente alzarse contra él huestes extrañas
al rumor de sus pasos temerarios:
vendrá acaso sobre él la tierra entera,
y él la siente venir y audaz la espera.

IV

Su ojo de halcón percibe entre la bruma
por entre aquellos riscos y barrancos,
que fía en Dios y en su constancia suma
para poner ante su espada francos,
empenachados de pintada pluma
móvi es grupos y estandartes blancos;
un pueblo, en fin, que en presentarse tarda
y que á ver antes de atacar aguarda.

V

De esos montes detrás hay un imperio;
al fin con su señor cruza mensajes;
de uno á otro palabras de misterio
traen y llevan extraños personajes.
A su amago ceder es vituperio,
y demencia exigir sus homenajes:
mas el misterio penetrar que encierra
es fuerza, aunque haya que forzar la tierra.

VI

Cortés crée que cejar deshonra á España;
su fe, acicate de su honor, le incita
á acometer la temeraria hazaña
de avanzar sobre un pueblo, á quien irrita
y asombra al par su pretensión extraña;
su audacia más la oposición excita,
y cuanto más glorioso le parece
más en intento tal se fortalece.

VII

De héroes un puñado le acompaña
para dar cima á tan hercúleo antojo;
asombrada su hueste grita „¡á España!"
Cortés sus naves sin temor ni enojo
quema, y abre su homérica campaña,
diciendo á su legión con noble arrojo:
"Para volver del mar á la otra orilla
ésta hay que conquistar, Dios por Castilla."

VIII

Fe, fortuna, valor, estratagemas,
tenacidad, homéricas campañas,
desventuras sin par, cuitas extremas,
inconcebibles, épicas hazañas,
que no caben en los libros ni en poemas,
marcaron en los mapas dos Españas;
fué española del mar la doble orilla.
¡México por Cortés! ¡Dios por Castilla!

IX

Asombro de ambos mundos su victoria,
á Cortés del pasado entre la bruma
admiran á la luz de tanta gloria
los que no envidian su victoria suma.
¿Cuál es después de México la historia?
Veloz sobre ella al resbalar mi pluma,
tal vez á ser mi càntico descienda
frío resumen de vulgar leyenda.

X

"Por España y por Dios" con fe y sin miedo
dijo Cortés entrando los lugares:
"Por Dios y por España" el padre Olmedo
decía detrás de él alzando altares.
La furia del soldado templó ledo
de Cristo el sacerdote: y ambos pares
en la fe, y en valor nadie el segundo,
dieron á Carlos quinto un nuevo mundo.

XI

El primero de austriaca dinastía,
Emperador y Rey Carlos primero
soñó en sí vincular la monarquía
universal, ser rey del mundo entero.
Dios casi se la dió, cual ser podía
en siglo tal, fanático y guerrero:
alumbrando discordias y esterminios,
no se ponía el sol en sus dominios.

XII

Carlos, rey en sus reinos extranjero,
imperó en el desorden provocado
sólo por él: se levantó Lutero
contra Roma: harto de ella y ultrajado
se alzó contra su corte el comunero:
el viejo mundo, en guerras empeñado
por él, se hundió en desorden tan profundo
que infiltró el germen de él al nuevo mundo.

XIII

En vano el capitán noble y valiente
enviaba desde México á Castilla
de aquel nuevo país y nueva gente
crónica ingenua en narración sencilla:
en vano el sacerdote inteligente
de la fe derramando la semilla,
pedía para el indio mexicano
á la Iglesia favor y al Soberano.

XIV

Era un siglo de gloria y entusiasmo:
soñó Europa no más que guerra y oro:
creyó que había dormido en un marasmo
de indigencia á la boca de un tesoro,
cuando á la pobre España vió con pasmo
avasallar el mar, rendir al moro:
y rey de medio mundo el rey de España,
contra la otra mitad salió á campaña.

XV

Robó tierra á la Iglesia la herejía,
la ardiente inquisición saltó á la arena
en favor de la fe y la monarquía;
Francia arriesgó tenaz, de celos llena,
contra el Emperador cuanto tenía:
y él para batallar en tierra agena,
viendo no más en México un tesoro,
le decía no más "mándame oro."

XVI

El rey al labrador para soldado
sacaba sin piedad de sus hogares,
dejando erial el campo no sembrado:
la inquisición en pro de los altares
arrancaba al judío del mercado
y al morisco industrial de sus telares;
queriendo con un celo temerario
dar cristianos á Dios y oro al erario.

XVII

Y en pos de libertad ó de riqueza,
cuantos la inquisición ó la justicia
ó la guerra dejaban en pobreza,
aprovecharon la ocasión propicia
de salvar su caudal y su cabeza
de la fe armada y de la real codicia;
y del juicio y la leva los azares
esquivando lanzáronse á los mares.

XVIII

Por más que los leales y los buenos,
que se le habían ganado al soberano,
le pedían de juicio y razón llenos
que enviara solo al suelo mexicano
jueces de envidia y ambición ajenos
y sacerdotes de valor cristiano,
él enviaba no más á quien más oro
mandara desde México al tesoro.

XIX

Y el ladrón y el apóstata que huían
de tribunal civil ó religioso,
las polillas sociales que nacían
del polvo de aquel tiempo borrascoso,
langostas de la América, caían
sobre su campo virgen y abundoso;
y, lejos de la ley, iban sin freno
de gérmenes de mal á henchir su seno.

XX

Y el soldado rapaz, el fraile ignaro,
el tornadizo de judío y moro,
el juez venal, el mercader avaro,
echando al mar vergüenza, fe y decoro,
fueron á aquella tierra á vender caro
fe, justicia, hasta su alma, á cambio de oro:
y de mal estos gérmenes distintos
dieron entre los *indios* y los *pintos*.

XXI

El indio es haragán, supersticioso,
de limitado y torpe entendimiento;
como desnudo, impúdico; vicioso
como nutrido mal de acre alimento.
El pinto, que es de México el leproso,
nace manchado el cuerpo macilento
de herpéticos lunares movedizos,
exsudación de virus pegadizos.

XXII

Dios no nos dió en la tierra madre mala;
pero aquí como allá la madre tierra
al haragán y al vago no regala
el pan ni el oro que en su seno encierra;
fecúndanla azadón, arado y pala,
no sangre derramada en larga guerra:
así fué que los vagos que allá fueron,
pobres aquí y en México se vieron.

XXIII

Y el estómago de hambre y las entrañas
de odio y pesar roidos, acordaron
utilizar allí sus viejas mañas;
las indias y las pintas no tardaron
con ellos en unirse, y sus cabañas
otra progenie pésima albergaron:
hijos de aquellos padres tornadizos
hoy los léperos son y los mestizos.

XXIV

Mala sangre española y mala indiana,
ni indios en realidad ni castellanos,
brotó esta innoble raza americana,
del continente occidental gitanos.
Y renegados de su raza hispana,
y repugnando confesarse indianos,
ni cristianos ni idólatras, lo mismo
deshonran la india fe que el cristianismo.

XXV

Vale en España más honra que oro:
reyes también de América sus reyes,
dieron al fin á México decoro
y alto valor social con sabias leyes;
dieron, sin menoscabo del tesoro,
pan y justicia al pueblo sus vireyes;
y la Iglesia católica en sus templos
le dió instrucción y de virtud ejemplos.

XXVI

Integ os ju ces, nobles caballeros,
comerciantes exentos de avaricia
y monjes evangélicos y auteros,
en pro de la moral y la justicia
esgrimieron al par leyes y aceros
contra la iniquidad y la codicia:
la razón alumbrando y las conciencias
su virtud, su palabra y sus sentencias.

XXVII

Sabios de toga y nobles de golilla
fueron con nobles de solar y espada
á echar, bajo los fueros de Castilla,
de otra raza leal, nób'e y honrada
en aquellas regiones la semilla;
solariega nobleza allí creada
sembró allí el germen del honor cristiano
prez del blasón del pueblo castellano.

XXVIII

El comercio, la paz, la fe y las leyes
á México atrajeron la bonanza
de la gloriosa edad de los vireyes;
al camino sacó con confianza
el rey su oro, el labrador sus bueyes;
la nobleza, el comercio, la labranza
y el clero se fiaron grandes sumas,
sin haber menester preadas ni plumas.

XXVIX

No le ocurrió jamás á un castellano
súbdito del buen rey Carlos tercero,
la palabra poner de un mexicano
peor que la de un noble caballero.
Giraba allá el comercio gaditano
oro con que comprar un mundo entero;
é indiano que de México venía,
hasta el tesoro real franco tenía.

XXX

Y era México un pueblo hospitalario,
rumboso, alegre, decidor, sincero;
como hijo de andaluz un poco vario,
mezcla de comerciante y caballero:
y enviaba sus millones al erario
queriendo en la metrópoli primero
ser hidalgo español que no escatima,
que mercader á quien el dar lastima.

XXXI

Como hijo de la alegre Andalucía
pródigo de convites y de fiestas,
aniversario de *algo* cada día,
ferias tenía sin cesar dispuestas:
y en medio de ruidosa cohetería,
las campanas á vuelo siempre puestas,
en *jamaicas* pasaba y *coleaderos*
bajo un cielo sin par meses enteros.

XXXII

El indio humilde, el lépero ladino
ya á respe'ar el fuero acostumbrado,
siempre sagaz, pero jamás dañino,
del español y el rico apadrinado,
en la calle, el paseo y el camino
al español y al rico hacía lado:
viendo todos sin odio ó pesadumbre
tal superioridad como costumbre.

XXXIII

Hombreaba hidalgo el español: el rico
al lépero y al indio mantenía;
mantenido y en paz, cerraba el pico
el pueblo á quien tal yugo no oprimía;
el ceño se fruncían un tantico,
más podían llamarse cada día
sin ponerse uno á otro en ningún potro
lépero el uno, y *gachupín* el otro.

XXXIV

Aceptando ambos pueblos sus deberes
de aquella sociedad indo cristiana
y de siervo y señor los caracteres,
(española honradez y astucia indiana)
á fundir ayudando las mujeres,
lazo común de la flaqueza humana,
del indio astuto y del audaz hispano
se produjo el carácter mexicano.

XLIV

Francia, realista aún, la independencia
apoyó de los norte-americanos
por odio de Albión; tal imprudencia
los gérmenes caldeó republicanos
en los pueblos conquista y dependencia
hasta allí de los reyes castellanos:
y el viento de la América del Norte
nos envió la tormenta á nuestra corte.

XLV

¿Era el soplo del sig o? Es cuestión grave.
Que fué el soplo de Dios hay en el día
quien opina tal vez; mas Dios lo sabe
Lo que el manto rasgó á la monarquía,
arcano es del que Dios tiene la llave:
pero mientras España defendía
su libertad, sus indias posesiones
hacía allá la libertad girones.

XLVI

¿De quién la culpa? Lo dirá la historia.
Para sondar tan nebuloso arcano,
fresca aún de los hechos la memoria,
no hay todavía luz: aún es temprano:
y ni es para el poeta tal victoria,
ni hay tal poder en nuestra débil mano.
¿Quién rebeló la América española?
Culpemos solo al siglo y á ella sola.

XLVII

Nuestro siglo es rebelde: no hubo modo
de resistir al siglo. Comenzóse
á recordar y á comentarlo todo:
se evocó lo pasado: apostrofóse
al castellano *gachupín* y *godo*.
Que era invasor tirano declaróse,
y empezó en uno y otro conciliábulo
la insurrección caliente á tomar pábulo.

XLVIII

Nadie dió una razón muy valedera
para tal rebelión: nadie en tal hora
de nadie esclavo ni oprimido era,
ni era la autoridad más opresora;
mas era el genio indócil de la era.
Había una carcoma roedora
la tradición monárquica minado,
y aspiró á gobernar lo gobernado.

XLIX

Lejos allá del trono la justicia,
lejos el clero de la luz de Roma,
lata la disciplina en la milicia,
de aquella sociedad eran carcoma,
superstición, abuso, odio y codicia;
como en todo país que creces toma
lejos de la metrópoli, impotente
contra el volcán que brota de repente.

L

Y ¡oh mengua de la América española!
¡Oh error de la rebelde raza humana
que echa sus males sobre sí ella sola!
Los que amparaban más la castellana
dominación, y á quienes más desola
el odio á España y á la fe cristiana
del sangriento rencor republicano,
dieron á la República la mano.

LI

Un clérigo con otros el primero
el estandarte del motín levanta;
deja el altar y cíñese el acero
á tal insurrección llamando santa.
Recurso musulmán del que heredero
es nuestro pueblo (y que ni espanta
ni engaña á nadie ya): cuando interesa,
llamamos santa á la peor empresa.

LII

Mas ni una hay que haya puesto por testigo
ó por pretexto á Dios de su malicia
que haya salido bien, ó á quien amigo
haya Dios amparado en su justicia.
Las razas olvidó de que era abrigo
México, en su política impericia,
el cura de Dolores: y á su grito,
se alzó otro pueblo que el por él bendito.

LIII

"¡Libertad, igualdad, independencia!
¡Mueran los españoles, los tiranos!
¡Todos desde hoy iguales, su existencia
empiezan hoy por mí los mexicanos!„
Dijo el cura; y su ley fué su sentencia:
Todos libres por él y ciudadanos
hechos, á su pendón allegadizos
acudieron mulatos y mestizos.

LIV

Ley que al necio no más coje de susto
es que quien mata á hierro á hierro muere,
de árbol letal quien le cultiva arbusto,
de áspid quien junto á sí guardarle quiere.
Es la ley del talión. Dios siempre es justo:
quien elementos pútridos ingiere
en cuerpo sano y opio en planta buena,
cuerpo y planta marchita y envenena.

LV

Libertad é igualdad: principio santo
tal vez que el cura Hidalgo sacó á plaza
contra el pueblo español; mas que entretanto
que él le aplicaba al suyo, cada raza
se le aplicaba á sí, bajo su manto
dàndose de acojerse prisa y traza;
y levantó las dos que con las leyes
niveladas tenían los vireyes.

LVI

"*Libertad, Igualdad Fraternidad*"
Tres palabras que encierran grandes miras
para el bien de la humana sociedad,
y que han sido hasta ahora tres mentiras;
pues tan solo la han dado en realidad
opresión, desnivel, discordia é iras:
mas tres palabras son que, una vez sueltas,
han de hacer dar al mundo muchas vueltas.

LVII

La de México fué vuelta completa:
se hizo libre, salió de tutoría.
Yo no sé si fué vuelta ó voltereta
en república dar de monarquía;
pero esta no es cuestión para el poeta.
¿Por qué está desde entonces la anarquía
entronizada en México? Es un punto
para el historiador; no es nuestro asunto.

LVIII

El mulato, el mestizo, el pinto feo,
eran hombres sin duda como todos:
mas, en vil sociedad é innoble empleo,
de mal instinto y de peores modos;
eran, si va á decirlo sin rodeo,
los polvos de que vienen estos lodos;
eran lodo social, fermentaciones
del limo vil de Adán en las naciones.

LIX

Republicano ya é independiente,
tuvo en su sociedad que dar cabida
México liberal á aquella gente;
y ella astuta y sagaz, bien advertida,
ingiriéndose en ella mansamente,
inoculó en la savia de su vida
republicana gérmenes perversos
y de su esencia natural diversos.

LX

Aquellos á mandar por tantos años
y en el hogar del blanco no admitidos,
asaltaron con cábalas y engaños
el hogar y el gobierno prohibidos:
mas llevando consigo sus amaños
y vicios en la crápula adquiridos,
infiltraron su hez negra y villana
en lo azul de la sangre mexicana!

LXI

Porque el mestizo, el pinto y el mulato
estremados en su odio al europeo,
este odio la infiltraron en su trato
con la raza española: su deseo
fué, con fe desleal é instinto ingrato,
emplear desde la estafa hasta el saqueo,
hasta quedarse del país señores
únicos en los tiempos posteriores.

LXII

Por eso se afanaron cada día
la influencia en roer de la fe hispana
falseando sus recuerdos; todo había
sido opresión sultánica y tirana.
Pero ¿y la religión? ¿y la hida'guía?
¿y el comercio? ¿y la lengua castellana?
Superstición, orgullo y latrocinio;
digno de todo escarnio y de esterminio.

LXIII

Los hijos de los nobles castellanos
vistos ya como indianos por las leyes,
eran los verdaderos mexicanos
al negar obediencia á nuestros reyes;
dueños de haciendas mil ricas en granos,
en chilares, en cañas y magueyes,
sustentaban al pueblo y al erario
con su alto lujo y su comercio vario.

LXIV

Mas vieron éstos con mortal disgusto
á altos puestos optar antojadizos
y ponerles tal vez el ceño adusto,
á los que con desdén de advenedizos
trataron: mas fué tarde y no era justo;
los pintos, los mulatos, los mestizos,
ya con ellos al par republicanos,
eran libres también y ciudadanos.

LXV

Entonces unos con pesar los ojos
pusieron en Europa y la esperanza:
otros vueltos al Norte hasta despojos
le ofrecieron por vientos de mudanza:
se llamaron al fin *mochos* y *rojos*
y entraron en lid de odio y de venganza,
alzando dos banderas nacionales
reaccionarios hoy y liberales.

LXVI

Desde entonces, queriendo con el velo
santo de religión y de civismo
cubrir su afán de poseer el suelo,
su igual intolerancia y egoismo;
unos han invocado al Dios del cielo
y otros la libertad y el patriotismo;
y ambos bandos, sin fe y con ira extrema,
escriben "*Dios y libertad*„ por lema.

LXVII

Mas es afán sacrílego y artero;
pues no hay ya cosa allí que no se llame
por su nombre genuino y verdadero:
hoy, por más que el político declame,
detrás de la opinión se ve el dinero,
trás las proclamas la ambición infame:
hoy en México arrastran las pasiones
la fe y la libertad entre cañones.

LXVIII

¡Oh fe sin Dios! ¡Oh libertad esclava,
que vaso haceis en que beber sedientas
del corazón en que el puñal se clava:
que dais á vuestro Dios aras sangrientas
y á vuestra libertad mordaza y traba!
Dios y la libertad os llevan cuentos;
mas por no apadrinaros en el suelo,
Dios y la libertad se han ido al cielo.

LXIX

Tal es la historia triste del moderno
México y el carácter de esa tierra:
tal la razón del desarreglo eterno
y de la indócil inquietud que encierra.
Tal el foco del fuego del infierno
que da alimento á su salvaje guerra;
inconcebible es vista por encima
gente tan dulce en tan benigno clima.

LXX

México tiene un cielo que le cubre
como un fanal azul y transparente;
tibio, aromado, diáfano y salubre,
templa el pulmón y el corazón su ambiente.
Tan sereno en abril como en octubre
brilla, jamás glacial, jamás ardiente;
una sola estación sobre él impera:
una suave y perenne primavera.

LXXI

Su sol, que reverbera en unos lagos
cercado de volcánicas montañas,
no hace al herirla en la pupila estragos;
ni el ojo necesita las pestañas
para templar sus resplandores vagos.
Tibios, suaves, rosados y de extrañas
tintas: no hay sol que al mexicano iguale
cuando se va del horizonte ó sale.

LXXII

Muy alto sobre el mar, el valle ameno
de la Mesa Central, es el paisaje
de más variados accidentes lleno:
quintas floridas, páramos salvajes,
pedregales y montes cuyo seno
nutre olorosos árboles, plumajes
que empenachan cimbrándose sus crestas;
y que sombra y tapiz dan á sus cuestas.

LXXIII

Llanos que dan poquísimos afanes,
y gran cosecha al labrador; calizas
rocas en donde aún abren los volcanes
bocas que obstruyen hoy muertas cenizas;
ruinas do aún salen á vagar los manes
de héroes, que entre las ondas movedizas
de las lagunas de Texcoco y Chalco
hallaron cristalino catafalco.

LXXIV

Y en medio de este valle pintoresco,
perla prendida en árabe acerico,
ciudad como esas que el primor chinesco
labra sobre el marfil de un abanico,
blanco, claro, gentil, aéreo, fresco,
México yace perezoso y rico,
como sultán que en sus jardines fuma
viendo al mar á sus pies hacer espuma.

LXXV

México es la ciudad de los cantares,
huerto rico de frutas y de flores;
y en medio de la guerra y sus azares,
y en medio de la peste y sus horrores,
se mece en sus chinampas seculares
cantando ante su tumba sus amores
en un cantar que abarca estos extremos:
"Cantemos hoy; mañana moriremos."

LXXVI

Mezcladas, aunque hostites, hoy sus razas
y hechas de su política á los giros,
en salones, haciendas, campo y plazas
bailan, ya acostumbrados, entre tiros,
besos, quejas, requiebros y amenazas:
viven entre cantares y suspiros,
y mueren con la misma indiferencia
de batalla ó festín por consecuencia.

LXXVII

Galanes y diestrísimos jinetes,
llevan en sus caballos un tesoro
en chapas, hebillajes y filetes;
y ostenta, recordando el gusto moro,
su cairelado arnés flecos y herretes:
gastadores sin par de tiempo y oro,
toman, mirando el oro como barro,
por liberalidad el despilfarro.

LXXVIII

Hechos á ver sin pesadumbre alguna,
cual sin placer ni afán en juego y guerra,
dar vueltas á su vida y fortuna,
que un naipe ó un cañón corta ó encierra,
de su viaje al panteón desde la cuna
el camino peor no les aterra:
lo necesario es oro para el viaje;
y con la guerra van juego y pillaje.

LXXIX

Sus derechos iguales todo á todos,
ciudadanos é iguales les conceden:
en toda era y país por varios modos
pocas del oro á la virtud no ceden:
dicen: "Barnid dorado limpia lodos;
no hay peces que en red de oro no se enreden."
Todo allí todos á su alcance miran,
todos á todo sin temor aspiran.

LXXX

Y hechos de limo tal los mexicanos,
y á vivir en la alerta y suspicacia
de una guerra, que cambia los hermanos
en enemigos y la fe en falacia,
pueden con los más diestros cortesanos,
competir en destreza y diplomacia:
y no les hay sobre la tierra iguales
en gracia de palabras y modales.

LXXXI

Este pueblo habla aún el castellano,
mas con tal fraseología y tal acento,
que el lépero más rústico y villano
sabe en ella expresar su pensamiento
con un periodo culto y cortesano,
con tono dulce, cadencioso y lento,
de imágenes y tropos con gran copia,
con natural acción, fácil y propia.

LXXXII

México es el país de más talento,
de más gracia, más magia y más encanto
en su trato social; el sentimiento
está en sus frases con cariño tanto
expresado y tan bien cada momento
del amor y la fe tan bajo el manto,
que sus pláticas son, de encanto llenas,
hermanas del cantar de las Sirenas.

LXXXIII

¡Ángel mío! ¡primor! ¡mi alma! ¡mi vida!
Cuanta frase al decir presta incentivo,
va en su conversación tan repetida,
cual si fuera de amor diálogo vivo.
Es nuestra lengua, sí: desposeída
de su carácter varonil nativo:
el español hablando es franco y grave,
el mexicano seductor y suave.

LXXXIV

Rápido en concebir, en lo que piensa
cuando la idea se le ocurre, abarca
su acepción y ampliación la más extensa,
y en su interpretación vía se marca
con su veloz perspicuidad inmensa;
siempre está sobre sí: jamás se embarca
en agua cuyo fondo no sondea:
siempre á su fin para llegar rodea.

LXXXV

Dulce y flexible, cuanto astuto y vivo,
envuelve en la palabra el pensamiento
con el giro más diestro y persuasivo,
y el eco musical dá de su acento
con su faz y su acción doble atractivo.
La mexicana que relata un cuento
tiene en su acción graciosa y su voz suave
algo del vuelo y del cantar del ave.

LXXXVI

Todo allí es seductor, todo allí es grato;
todo embelesa, atrae, deslumbra, embriaga,
clima, país, lenguaje, hábitos, trato;
hasta el mismo desorden que lo estraga,
todo, es característico é innato;
no hay allí mal que no parezca plaga:
infierno que fué edén aun en su suelo
hay *no sé qué* del primitivo del cielo.

LXXXVII

Tal fué México ayer; tal es, en suma,
hoy: mezcla de contrarios elementos:
con sangre de Cortés y Moctezuma
y con odio á los dos: rico en talentos,
cauto, sagaz.... y vario como espuma
del mar que agitan sobre el mar los vientos.
Y á esta nación del mundo americano
fué engañado á reinar Maximiliano.

LIBRO SEGUNDO

MAXIMILIANO

I

Tibio, rosado, diáfano, sereno,
daba su limpia luz á una mañana
un sol primaveral. De vida lleno,
México respiraba el áura sana
que le traía en su ondulante seno
el aroma vital de la cercana
sierra cedrosa, y los perfumes vagos
del agua azul de los salobres lagos.

II

Y esta áura en sus balsámicos vapores
á la risueña capital traía
vago son de campanas y tambores,
que brotaba confuso en lejanía.
La ciudad exhalaba mil rumores
que acusaban de insólita alegría,
con su alegre susurro y movimiento,
de placer un incógnito elemento.

III

No hay mirador, ni torre, ni azotea
sin pendón, banderola ó gallardete:
ni minuto en que alzarse no se vea
á estallar en los aires algún cohete.
Mal parece la esquina en que no humea
exhalando su aroma algún pebete:
lazos, cifras, divisas, pabellones,
y guirnaldas en rejas y balcones.

IV

Do quier se tienda la curiosa vista,
halla de la ciudad vestido el casco
de terciopelo, brocatel, batista,
razo, blonda, moiré, tul y damasco.
Canastillo adornado por florista,
ó de ambar chino cincelado frasco
á una novia ofrecidos por su amante,
México se parece en tal instante.

V

Entapiza sus calles fina arena;
mástiles, pilarillos y jarrones
sostienen de jazmín, rosas, verbena
y enredaderas ondas y festones;
su bulliciosa población, ajena
de afán, por puertas, pórticos, balcones,
puentes, pretiles, muestra la galana
México, la Venecia americana.

VI

Cruza allá una simbólica carroza
que alegoría del país encierra,
en torno de la cual piafa y retoza
cuadrilla de ginetes de la tierra.
Allá el camino artificial destroza
tren militar con séquito de guerra,
y allá atraviesa un vítor de muchachos
cargado de infantiles mamarrachos.

VII

Indias allá que *trotan* divididas
de su cuadrilla de indios forastera;
besos, encargos, señas, despedidas
de balcón á balcón, de acera á acera
de familias *fuereñas*, que perdidas
van un puesto à buscar en la carrera;
á la cual su torpeza ya en retraso
busca afanosa sin hallarle paso.

VIII

Acota esta carrera una muralla
de marciales trofeos y paveses:
cubiertos como en día de batalla
de sus armas y bélicos arneses,
desde el campo al palacio forman valla
zuavos, dragones y húsares franceses;
brillando en sus enseñas y pendones
la N de los audaces Napoleones.

IX

Mostrando entre sus filas van ufanos
al francés que le admira y le desdeña,
su traje nacional los mexicanos,
sin dar la faz á la francesa enseña:
sino enviando galanes besamanos
á sus mujeres, cuyas faz risueña
asoma alegre entre aderezos ricos
á través de sus blondas y abanicos.

X

Todo es el aire señas que se cruzan,
abanicos y guantes que al acaso
caen: flo es que albas manos desmenuzan,
lentes, pedazos de batista y raso,
que acaso el paso y el deseo azuzan
de alguno que al pasar los coje al paso:
consecuencias del sér, culpas eternas
de las fiestas antiguas y modernas.

XI

Son el compendio de la humana vida;
do quier que el mundo de placer ó duelo
á espectáculo alguno nos convida,
cubre do quier la multitud el suelo.
Uno del espectáculo se cuida,
y mientras *mil*, de goces con anhelo,
en buscar el placer su ingenio agotan,
pasa *otro* á quien coronan ó acogotan.

XXIV

La águila liberal republicana
de la francesa al litoral huía:
por la primera vez México ufana
ver claro el sol del porvenir creía:
y acaso ya la pompa cortesana
le alhaga de la fiesta de aquel día;
pues monárquica ayer, tal vez simpática
ve su futura vida aristocrática.

XXV

Mas ¡ay! olvida su moderna historia:
de un anterior imperio se nos cuenta
la rápida y fatídica memoria
en una breve página sangrienta:
México espera del imperio gloria
y en tan dulce esperanza se apacenta:
mas ¿quién sabe si Dios le abre en su imperio
en lugar de un jardín un cementerio?

XXVI

La que del sol de la esperanza brota
es una luz rosada, que ilumina
con rayos de oro la región remota
donde risueña la ilusión domina;
mas su horizonte azul en playa ignota
de mar tempestuosísimo termina;
en cuya playa estéril llora uraño
solitario y desnudo el desengaño.

XXVII

¡Quién sabe si la raza mexicana
que á su segundo emperador espera,
su segunda corona va mañana
en la sangre á arrojar con la primera!
Mas retumba el cañón: ya la campana
la comitiva anuncia, y la carrera
despejan por las filas circulando
señales de atención, voces de mando.

XXVIII

Ya está libre la vía: ya el ambiente
vibra al son de las trompas y atabales:
ya ve avanzar la mexicana gente
sus tropas y banderas nacionales,
donde brillan con luz de sol naciente
la corona y las armas nacionales:
y en cien carrozas de esplendente lujo
cuanto mantiene autoridad é influjo.

XXIX

Clero, ciudad, consejos regidores,
las damas de palacio, la grandeza,
chambelanes, regencia, embajadores,
ciencia, magistratura, armas, nobleza;
placas, bordados, plumas, blondas, flores,
la corte, en fin, con su imperial riqueza,
como un enjambre de áureas mariposas,
avanza entre una lluvia de oro y rosas.

XXX

Luego en grupo fantástico que ondea,
la imperial comitiva, que camina
con grave lentitud: en él campea
de la brillante guardia palatina
el uniforme rojo y la librea
roja imperial; cuyo color domina
de aquel dorado grupo entre las olas,
como entre rubia mies las amapolas.

XXXI

Y... ¡qué delirios la aprensión inventa!
El *rojo* que, apagando los colores
todos, al avanzar rojos ostenta
pajes, guardias, aurigas, picadores...
De su manto imperial cauda sangrienta
parece tras los emperadores.
¡Color siniestro, cuyos visos rojos
vértigo dan al alma y á los ojos!

XXXII

Ellos son: la apiñada muchedumbre
se aglomera, y á verles se prepara,
de ver á sus monarcas sin costumbre
y espectáculo tal de ver avara.
Ya avanza entre su roja servidumbre
la carroza imperial; ya cara á cara
mira el pueblo á sus nobles soberanos,
y .. olvida por mirar lenguas y manos.

XXXIII

Ellos son: la simpática Carlota
de alto decoro y dignidad modelo;
sencillez en alcázares ignota
da á su faz juvenil púdico velo:
grave, serena, perspicaz, lo nota
todo, y mira de frente, sin recelo
de perecer, fijándose, altanera;
que no tiene doblez su alma sincera.

XXXIV

Su cabeza gentil se gallardea
en sus hombros con gracia soberana;
su frente nobilísima rodea
con la imperial diadema mexicana;
en sus brillantes diáfanos campea
el águila que fué republicana;
y al pueblo absorto al saludar Carlota,
luz, como un astro, de su frente brota.

XXXV

Blanco como los copos de la nieve
que de Alemania cubre las montañas,
rubio, que dar al sol envidia debe;
y tan rico de barba y de pestañas
que, cuando al saludar su busto mueve,
de su barba partida las marañas
riquísimas circundan su semblante
de áurea luz con ráfaga ondulante.

XLVIII

¡Sexo noble y leal, Dios te bendiga!
Dios por tu instinto fraternal te abone
cuando el ruin odio que tu pueblo abriga
contra la Europa tras la lid se encon :
tú que tiendes no más tu mano abriga
al que ahí Dios en el tormento pone,
¡que Dios te tienda su Paterna Mano
entre el pueblo al faliar y el soberano

XLIX

Fué una ovación al fin: frente el palacio
al llegar, de ambas calles de Plateros
las damas anublaron el espacio
canastillos por él lanzando enteros
sobre el silencio descortés, reaccio
y ofensivo á tan nobles extranjeros:
una voz delicada y femenina
hizo al pueblo estallar como una mina.

L

"¡Viva el Emperador!„ A par veloces
son la electricidad y el entusiasmo;
evocó aquella voz todas las voces
é hizo al pueblo salir de su marasmo;
y aun los republicanos más feroces
arrastrados sintiéndose con pasmo,
rompieron, á su franca iniciativa,
en un inmenso y estruendoso viva.

LI

Como abriendo sus flancos de repente
lanza un nublado en el barranco seco
abierto entre dos montes un torrente,
en el ámbito azul del aire hueco
lanzó aquel viva unánime, estridente,
un torrente de ruido, á cuyo eco
ondeó sobre la plaza y el palacio
la trama de la luz en el espacio.

LII

Roto una vez su dique, el agua, el ruido,
y el entusiasmo al fin se precipitan,
y son inundación, trueno, estallido,
frenesí, que arrebatan y que agitan
cuanto al precipitarse han recogido.
Y así en México estallan, crujen, gritan
y repican frenéticas y locas,
salvas, campanas, músicas y bocas.

LIII

Entraron en su alcázar entre flores
y entre ésta, aunque tardía, gigantesca
aclamación los dos emperadores.
El sangriento color de su libréa
fué el último de todos los colores,
que vió la multitud que vitorea;
y el séquito imperial dejó en mis ojos
del siniestro color los visos rojos.

XLII

Roma arriesga con él su fe y su oro:
su sangre el Austria y Bélgica; la Francia
sus soldados, su fama, su decoro,
su dinero y su actual preponderancia:
de su honor, su comercio ó su tesoro
tienen algo á que dar fe ó importancia
del imperio de México en la tierra
cuantas acciones hoy la Europa encierra.

XLIII

Roma tiene una niebla ante los ojos,
Roma ha escuchado erróneos consejos,
y ha cedido á políticos antojos;
y aunque jamás sus ojos serán viejos,
ha mirado al imperio con enojos
y hoy de Roma está México más lejos.
El imperio es católico: en América
por Roma lidia mal la Fe colérica.

XLIV

MAXIMILIANO

Madre, tú estás del mar al otro lado,
y en el pueblo revuelto que dirijo
han vendido tu hacienda en el mercado.
Madre, ilústrame tú, yo soy tu hijo.

ROMA

Que restituyan todos: me han robado.

MAXIMILIANO

Transije, Madre santa.

ROMA

No transijo.

MAXIMILIANO

Perdónales si nó.

ROMA

No les perdono.

MAXIMILIANO

El perdón base de la fe y el trono
será; cede, acomódate.

ROMA

No cedo;
mi hacienda es la de Dios: no hay acomodo.

MAXIMILIANO

Madre, es un laberinto en que me enredo.
Cedamos algo, ó lo perdemos todo.

ROMA

Tú eres Emperador: yo nada puedo.
Ceder: soy infalible.

MAXIMILIANO

Pues me quedo.
Y por tí, buen católico, me inmolo.
¡A la merced de Dios!—Lidiaré solo.

Maximiliano en México batalla
solo: Roma lo ve... no puede... y calla.

XLV

Francia va á la cabeza de la Europa:
hoy centro del comercio y de las artes,
tremola con ventura viento en popa
su glorioso pendón por todas partes.
Roma vive por ella: libre Italia
venció al Austria por ella en Solferino:
Africa se la abrió: no ve la Galia
cerrado á su valor mar ni camino.

XLVI

Es gran nación, acaso la primera;
pero no se hará amar en tierra alguna
porque en todas incómoda extranjera
jamás se identifica con ninguna;
porque audaz, petulante y altanera
es hasta á sus amigos importuna,
y creyendo á sus pies la tierra entera
siempre al fin se la vuelve la fortuna:
cuando da humilla, cuando ampara ofende
y pára en ser vendida, sino vende.

XLVII

MAXIMILIANO

Francia, ampárame bien, ó no me ampares.

FRANCIA

Yo mando, soy la fuerza de tus manos.

MAXIMILIANO

Yo quiero la razón en mis hogares.

FRANCIA

Yo te avasallaré á los mexicanos.

MAXIMILIANO

Yo me los haré amigos: sus altares,
su patria, míos son: son mis hermanos.

FRANCIA

No te amarán.

MAXIMILIANO

Abdicaré.

FRANCIA

La vida
juegas: partiré antes.

MAXIMILIANO

¡Tú!

FRANCIA

Sin duda:
Francia no debe errar ni ser vencida.
Tú eres el responsable.

MAXIMILIANO

Tal ayuda
es traición.

FRANCIA

Pero es mía la partida.

MAXIMILIANO

Mi fe ante el mundo y ante Dios me escuda.

FRAN[illegible]

Por ella morirás.

MAXIMILIANO

Lo sé y me inmolo,
¡A la merced de Dios!—Déjame solo.

Y sólo, ejemplo de leal constancia,
lidia con la República sin Francia.

XLVIII

Inglaterra... va sola. Comerciante
de escasa propiedad de tierra ingrata
al labrador, isleña navegan'e,
de la marina universal pirata,
ni cree que hay otro Dios, ni por delante
lleva más su política que plata:
toda revolución la da intereses.
y revuetta nación, pesca de ingleses.

XLIX

Y el drama de interés más palpitante
que ha puesto nuestra época en escena,
es el drama de México: anhelante
la Europa asiste á é': de encono llena,
la América española está delante
del proscenio agitándose, serena
al parecer la Unión calla arrogante,
mas la opinión del público envenena

hábil y sutilísima intrigante;
y espera el desenlace, que condena
á América ó á Europa eternamente
el mercado á perder de un continente.

L

Y he aquí la incierta situación del drama
del cual en su alma el buen Maximiliano
sin conducir la acción, teje la trama.
¡Dios al final le tenga de su mano!
El no conoce á México y le ama:
monarca liberal, por ciudadano
se tiene ya del pueblo que le llama
señor, y de su pueblo por hermano.

LI

México empero, ingrato americano,
de gérmenes viciados amalgama,
se hartará del amor de un soberano
que paz en cambio de su amor reclama;
le venderá, calumniará su fama
y le hará al fin (si con furor villano
su generosa sangre no derrama)
caer y huir llamándole tirano.
Y él, del arbol de Hapsburgo noble rama,
sólo, privado del favor romano,
y de la Unión y Francia ajeno al dolo,
si vence Emperador, vencerá sólo;
sólo caerá si cáe... mártir cristiano.

LII

Porque ¡es verdad! la Francia le abandona
como á un desheredado aventurero;
y él que de noble príncipe b'asona,
queda sólo, á probar al mundo entero
que acepta, rey leal, buen caballero,
de Emperador ó mártir la corona.
¿Será al fin en su solio mexicano
mártir ó Emperador Maximiliano?

LIII

¡Dios, único que ves en lo futuro
y que lees en las almas; Juez Supremo
del súbdito y del rey; único puro
y en quien no cabe error... yo debo y temo
de su siniestro porvenir oscuro
llegar con él hasta el ignoto extremo...
Yo no temo morir en tierra extraña,
mas no quiero morir sin ver España.

LIV

. . . .

. . . .

Oye ahora, Alarcón:... yo le he seguido
pcr todas las escenas de su drama.
Su abnegación me asombra: su fe mido
por ella, y su fe muda mi fe inflama.
Por su poder magnético atraido
marcho tras él: mi corazón le ama:
y Emperador ó mártir, triunfe ó muera,
no perderá de vista su bandera.

LV

¿Por qué? ¿quién soy? ¿qué valgo? ¿qué supongo?
¿qué la añade, qué pesa en su fortuna
que en la balanza de su imperio pongo
mi fe? ¿Presumo de importancia alguna?
No, Pedro mío, no; quien en su tierra
ni en la nuestra imagine que bravéo,
ni que *por algo* superior me créo,
ni necesario á nadie, ó miente ó yerra.

LVI

Yo no seré jamás ni nunca he sido
más que una voz lanzada en el espacio
por Dios, mi Criador; un vagaroso
murmullo, el casi imperceptible ruido
de un átomo sonoro, desprendido
del ruido universal, que en el reposo
nocturno exhala su fugaz sonido,
á la luz de esas chispas de topacio
que al mundo alumbran cuando está dormido;
un eco que en América perdido
Maximiliano oyó, y en su palacio
le hizo sonar porque halagó su oído.
¡Ay!... y ni áun le halagó por su armonía,
sino porque en América le oía!

LVII

Eso soy: eco que precipita
del aire hueco por la extensión

la voz amante de una alma errante,
que necesita cantar constante
la fe inmarchita del corazón.
¡Voz vagabunda, santa ó precita,
tal vez oriunda de la maldita
sima profunda del hondo averno,
del que no alegra la noche negra
ni un rayo pálido, ni un dulce son!
¡Voz tal vez de alma de fe infinita;
mas que sin calma gime y se agita
cumpliendo un plazo de expiación:
viendo á lo lejos la luz bendita
y en torno errante de la mansión,
que con reflejos de gloria inunda
la faz radiante del Sér Eterno,
en cuya palma posa y gravita
viva y fecunda la creación!

LVIII

Voz solitaria que consonante
con cuanta varia modulación
lanzan al viento esos millones
de vagos sones que, en reunión,
forman (aliento del mundo vivo)
el son solemne, perpetuo, activo
de su perenne respiración,
inquieta gira, de todo ruido
que va perdido loca se inspira;
de toda extraña voz se acompaña:
de todo eco hace reproducción.

LIX

Y aguda, lenta, tierna, vibrante,
ronca, violenta, triste, exaltada,
fresca, espirante, cóncava, ahogada,
trémula, llena, vaga, sonora,
desesperada, desgarradora,
de gozo y pena rara expresión,
trina, suspira, murmura, llora,
gorgea, ruge, retumba, canta,
ondea, muge, deleita, encanta,
conmueve, inspira, mece, enamora,
arrulla, hechiza, crispa, amedrenta,
pasma, electriza, hiere ó espanta,
conforme aumenta, mengua, se auyenta,
ó se adelanta ó se acrecienta,
según lanzada ó apareada
va despeñada con la cascada,
ó arrebatada con la tormenta
del aire cóncavo por la región.

LX

Ya susurra en las hojas de olmos y cañas;
ya entre las algas flojas, las espadañas
y el liquen de los lagos y las montañas;
ya exhala con las aves gorgeos suaves;
ya eleva con la fuente rumor bullente
y burbugéos vagos de agua corriente:
ya silva entre las grietas de los breñales;
ya zumba en las veletas y en los cristales
de alcázares, castillos y catedrales...

LXI

Y al fin rodando de soto en soto,
de vega en vega, de coto en coto,
se va alejando de monte en monte,
y hasta el mar llega, que el horizonte
cierra en su círculo sin solución;
y con sus hondas de orlas redondas
da notas hondas, cuyo hondo son
sobre las olas, que por sí solas
nacen, renacen, y se deshacen,
y otra vez se hacen, y se rehacen
en su perpetua reproducción,
se desarrolla, comba y ondéa,
hierve, borbolla, flota, cimbréa,
bulle, se mece, boga, se aleja,
del agua encima llevar se deja,
ya se aproxima, ya desaparece;
se va: se crece: retumba, vaga,
vibra, se apaga: reaparece,
se desvanece; y al fin fenece
flévil y exhausto su último son
entre las nieblas con que la bruma
da á las tinieblas fleco ondulante,
antes que errante y agonizante
la luz se suma, cuando la sorbe
la noche densa bajo su inmensa
sombra flotante, que sirve al orbe
de pabellón.
Y allá á lo lejos entre el sombrío

tul del vacío, ya sin reflejos
que le den pál:da coloración,
aun el oído cree oir predido
de su sonido la vibración...
Y es de la espuma
burbujadora
que le devora
la ebullición.

LXII

Y eso soy: nada más.—De orgu'lo ajeno,
extraño casi al mundo en que respiro,
yo no soy más que un átomo que sueno
y en el silencio de la noche giro
del aire azul en el vacío seno;
vibro un instante en él, y en él espiro.
Y eso es no más lo que mi sér encierra:
y hoy no soy más que el son fugaz, liviano
del eco de su nombre, que en la tierra
dejará tras de sí Max'mi'iano:
y con este papel en que de lleno
su llanto y fe mi corazón derrama,
ni blasono de ser, ni á ser aspiro
màs que el sincero é intimo suspiro
de un corazón que agradecido le ama:
el ¡ay! postrero de la voz amiga
que tras su solio ó su sepulcro diga:
"¡Viva el Emperador!„ al fin del drama.

SEGUNDA PARTE

LIBRO CUARTO

FE Y PATRIA

Agosto, 1866.

I

Yo he visto á Dios su protectora mano
tenderme sin cesar: cuando rujía
voraz bajo mis pies el oceano,
cuando el cañón que frente á mí crujía
cubría de cadáveres el llano,
cuando hervía la peste. . ¡yo vivía!
Y el que así vive, la bondad eterna
reconoce, cree en Dios y se prosterna.

II

Y años há que en América le pido
que si me ha de matar en tierra extraña,
no me hunda allá en el polvo del olvido
sin dejarme tornar á ver España.
Y mi voz ha llegado hasta Su Oido,
pues Su Amparo visible me acompaña.
¿Cómo no, si por medio de María
en América á Dios me dirigía?

III

Y vuelvo al fin. Con su favor los mares
y las tierras crucé.—¡Salvo, tranquilo
de peligros, aunque harto de pesares,
vuelvo hoy á entrar en el caliente asilo
del patrio hogar y los paternos lares.
Siento de afán mi corazón en vilo
y no late, que salta de alegría!
¡Ya aspiro el aire de la patria mía!

IV

Hé aquí ya la frontera: ya es el viento
español el que oréa mis facciones.
¡Con qué delicia penetrar lo siento
y dilatar mis ávidos pulmones!
Su soplo abre mi alma al sentimiento
de pasadas memorias y afecciones.
¡Patria, tus áuras de recuerdos llenas
se llevan las memorias de mis penas!

V

Ya aquí tienen las gentes otro porte
y el país otras fábricas y otro arte.
¡Alto!—Llaves, registro pasaporte:
la tierra aquí con el francés se parte.
¡España!... ¿Qué hay aquí que no soporte
el que antes de morir vuelve á besarte?
¡Vamos! Ya el conductor la fusta empuña:
ya partimos... ya estoy en Cataluña.

VI

¡España! ¡fuera va pesar y afanes!
¡España! ¡fuera ya tiros franceses!
¡ah, bravos postillones catalanes!
¡ah, valientes caballos montañeses!
¡á escape!—¡galopad como huracanes;
corred hasta que salten los arneses!
Corred ¡mare de Deu! aunque volquemos
corred... ya á Dios aquí tentar podemos.

VII

¡Así!—No hay que cuidarse del camino.
Adelante está Dios y atrás se queda
ebrio de rabia nuestro mal destino.
¡Así! ¡poder de Dios, qué polvareda!
¡Que nos crea la tierra un torbellino:
¡que no toque en su haz ninguna rueda!
Corred... Mare de Deu de Monserrate,
sólo aquí temo que el placer me mate.

VIII

¡Oh, qué hermoso país! ¡qué brava gente!
De aquí sacó sus héroes audaces
Rojer de Flor para asombrar á Oriente:
áqui hicieron paisanos pertinaces
guerra á España y á Francia juntamente.
De todo aquí los hombres son capaces:
un patrón catalán de un mal falucho
dar vuelta al mundo en él no cree aquí mucho.

IX

¡Oh, qué hermoso país!—Aquella sierra
tan pintoresca, original y extraña,
sobre cuyos crestones abre y cierra
la niebla una fantástica maraña
que rasgan viento y sol con ella en guerra,
aquella es la romántica montaña
que cobija en su centro solitario
Virgen de Monserrate, tu santuario.

X

¡Tórtola casta que en el monte anidas,
lirio fragante que en las peñas creces,
madre que en vela de tus hijos cuidas
y á Dios te encargas de elevar tus preces!
Tú que á ninguno en el afán olvidas,
y amparo á todos en el riesgo ofreces,
Santa Madre de Dios de Monserrate
á quien oré en el mar y en el combate:

XI

Virgen del monte, á cuyo auxilio santo
debo el tornar á ver el patrio suelo;
la primera oración, y el primer canto
que al ver cumplido mi ferviente anhelo
á Dios en mi honda gratitud levanto,
te confío; dirígeles al cielo.
Yo ofrecí al otro lado de los mares
venirles á poner en tus altares.

XII

Iris de tu poética montaña,
estrella tutelar de Barcelona,
empresa de su escudo en la campaña,
santo florón de su condal corona,
antes que vuelva á abandonar á España
la ofrenda te traeré que hoy no me abona:
obra debe de ser de mis afanes
si me la han de estimar tus catalanes.

XIII

A Castilla! Al hogar en que he nacido!
Quiero ver la ciudad y los lugares
de mis recuerdos infantiles nido,
antes que torne, pájaro perdido,
solo á morir allende de los mares.

XIV

Septiembre.

Esta es Valladolid... ¡al fin la veo!
¡Con qué placer... como la luz primera
cuando en ella nací. ¡Dios mio! creo
que vuelvo á nacer. Espera, espera
cariñosa amistad; sólo un paseo
por la plaza, una vuelta por la acera—
déjame este aire respirar: deseo
beber las dulces aguas de esta fuente
de mis recuerdos, y bañar mi alma
en el remanso tibio y trasparente
que hace, con ellas resbalando en calma,
del tranquilo Pisuerga la corriente.
Déjame... quiero hablar con estas piedras
y abrazar estos árboles, y ansioso
besar estas paredes de que yedras
son mis dulces memorias, y reposo
tomar en estos bancos en que un día
mal estudiante á divagar venía.

XV

Con cuán profunda gratitud recibo
el premio de volver al patrio suelo!
¡Después de tantas desventuras vivo!
¡Con qué dulce placer halla mi anhelo
al cruzar la ciudad que me dió cuna,
los lugares queridos, los rincones

que conservan aún por mi fortuna
su antigua faz: conozco los portones
que para mí se abrían, los umbrales
de las casas amigas, los balcones
donde amistad ó amor me han esperado
enviándome á través de los cristales
sonrisas y esperanzas... ¡Sombras bellas
que un día ante mis ojos han pasado
dejando solo en mi memoria huellas!
Estos son los palacios ya rajados
que aún blasonan heráldicos escudos
con regia profusión lambrequinados;
jeroglíficos hoy aún no borrados
mas para el pueblo de hoy rótulos mudos.

. . . .

. . . .

Aquellas son las torres bizantinas
del buen Don Per-Anzules... en mi oido
no olvidado jamás, vibrando ha ido
el son de sus campanas argentinas.

XVI

¡Qué esta es Valladolid! Fábricas nuevas
banco, teatros, fuentes, adoquines,
canal, ferrocarril...; ¿y mis esguebas?
¿y mis prados de ayer?... plazas... jardines;
pero ¡oh noble amistad! ¿dónde me llevas?
yo recuerdo estos curvos callejones;
conozco esos antiguos caserones...

Esta es la calle de terreno escasa
donde mis muertos padres han vivido:
y esa... que existe aún. . esa es la casa
donde á mi vida inútil he nacido.

XVII

¿Sueño? No sé lo que en mi alma pasa—
¡Qué oigo! Me tienen el placer sin tasa
en mi patria á mi vuelta prevenido.
La casa en que nací ¿huésped en ella
hoy?- A sus puertas bendecirte quiero
nueva y santa amistad, que en mis hogares
me haces hoy encontrar, sobre la huella
de mis recuerdos cándidos de niño,
sus primitivos genios familiares:
y una familia nueva, un verdadero
nuevo paterno hogar donde el cariño
noble, leal, simpático y sincero
de una afección sin cortesano aliño
me brinda para el tiempo venidero;
de sensaciones íntimas tesoro,
con un amor de corazones de oro
que anuda al mío voluntad de acero.

XVIII

. . . .

. . . .

Luces, ruido, ¿esto más? músicas, flores
y coronas y vítores y ofrendas!

¡Dónde, cuándo gané tales honores?
¿dónde ha de conservar tan raras prendas
quien debe de volver á tierra extraña
sólo y triste á morir lejos de España!
Esa gloria me espanta
y me fascina al par, porque esa gloria
aquí á mi faz levanta,
de ese templo al mirar la puerta santa,
contra mí mi conciencia y mi memoria.
Esa iglesia... ¡ay de mí! de ella contemplo
salir en larga y silenciosa hilera
todos mis años idos... triste ejemplo
de una existencia inútil, que va entera
á caér en la honda eternidad mañana
sin costar una lágrima siquiera,
sin dejar en la tierra un alma hermana
de sus dichas y duelos compañera.

. . . .

. . . .

Aquí vine á nacer: en ese templo
santo me bautizaron... "pues espera
andrajo de oropel de gloria humana,
átomo errante de rumor inútil,
insaboro raudal, manojo fútil.
de palabras de lengua castellana,
espera aquí. ¡Prostérnate altanera,
ruin y vacía vanidad mundana!...
de rodillas, orgullo, de rodillas!"

haz algo bueno alguna vez, villana
vanagloria procaz, y ora sincera.
¿Qué vales, polvo vil, si no te humillas?
prostérnate: yo soy tu fe cristiana.
obedece: en mi voz te habla lejana
la voz del huracán de las Antillas
y el eco de las tumbas de la Habana!„

XIX

Virgen de San Martin á cuyas plantas
casi muerto al nacer recibí un día
del agua bautismal las gotas santas:
tú que vida me diste en la agonía,
tú que mi fe sostienes, y levantas
en alas de mi fe mi poesía,
luz de mi inspiración, en tus altares
acepta tú mis últimos cantares..

XX

Febrero-21 1867.

¡Madre del Hombre-Dios y Madre mía!
Cuando el Cristo en el Gólgota espiraba,
á la raza de Adán por quien moría
de tu amor al amparo encomendaba.
Desde que vi á tus pies la luz del día
hoy medio siglo de cumplirse acaba:
Madre, tras medio siglo de pesares,
vuelvo al pie de tu altar á que me ampares.

XXI

¡Madre buena del triste y del que llora...
no desoigas mi voz no me abandones!
Recuerda que tu fe consoladora
inspiró desde niño mis canciones;
sólo, con mi arpa y con tu fe, Señora,
crucé de medio mundo las regiones:
y hoy del mundo á través con mis cantares
me trae mi fe á tus pies á que me ampares.

XXII

A sombra de tu torre bizantina
del vientre de mi madre me sacaron;
desde el nicho en que estás, tras su cortina
viste cómo á tus pies me bautizaron,
á tu materna protección divina
mis padres al nacer me encomendaron:
la primera oración que en mis hogares
aprendí fui á rezarla á tus altares.

XXIII

Mi madre... (¡desdichada madre mía!
¿quién el futuro mal nos predijera?)
Mi madre me enseñaba y yo aprendía
de tus dolores la epopeya entera:
mi madre dió su fe á mi poesía,
yo uní el tuyo á su amor con fe sincera;
ella murió abrevada de pesares,
y yo vuelvo por ella á tus altares.

XXIV

¡Infeliz madre mía! En tedio y duelo
vivió por mí sus postrimeros años.
Yo abandoné mi hogar aún muchachuelo
del mundo por correr tras los engaños:
ella por mí á tus pies oraba al cielo
mientras corría yo climas extraños.
¿Y á quién debí salvar tierras y mares
si no fué á su oración en tus altares?

XXV

¿Quién si nó tú y por quién si nó por ella
pudo velar por mí en la tierra extraña?
¿A quién debo si nó la fausta estrella
que en mi loca existencia me acompaña?
¿A quién debo las flores que mi huella
do quiera pisa cuando vuelvo á España?
¿Y dónde si nó al pie de tus altares
debo poner mis lauros y cantares?

XXVI

¿Por quién si nó por ti me han respetado
la fiebre, el mar, el cólera, la guerra
y el odio que á mi raza inveterado
de otra en el ciego corazón se encierra?
Al llegar y al volver, me han alfombrado
allá de flores como acá la tierra;
y ¿quiénes son los genios tutelares
que enfloran para mí tierras y mares?

XXVII

Tras mí dejo mi huella, madre mía,
marcada por do quier con sepulturas:
cuantos darme quisieron compañía
murieron en mis locas aventuras:
dejo á los que allí me aman todavía
un porvenir de sangre y desventuras:
y á través de tan múltiples azares
¡sólo incólume vuelvo yo á mis lares!

XXVIII

¿Quién si nó tú me guarda, Vírgen Santa?
¿quién á mi bien si nó tu amor me guía?
¿quién conserva la voz en mi garganta?
¿quién mantiene la fe en mi poesía?
¿quién hacia Dios mi espíritu levanta?
¿quién mi alma acogerá en mi último día?
La historia de mi vida y mis cantares,
tienen principio y fin en tus altares.

XXIX

Y hé aquí toda la historia de mi vida:
de esta vida que aún mima la fortuna,
toda en el vicio por mí mal perdida,
las horas he perdido una por una.
Tan sólo la oración por mí aprendida
de mi madre en los brazos en la cuna
no olvidé, ni he perdido en tus altares
mi fe y vengo con ella á que me ampares.

XXX

Pródigo me dió el mundo sus placeres,
su gloria el suelo me alfombró de flores,
amé y me amaron mucho las mujeres,
me embriagó la fortuna de favores,
me honraron de la tierra los poderes,
la fama me aclamó con los mejores:
aún me corona el mundo en sus altares,
mas yo vengo á tu altar á que me ampares.

XXXI

La gloria y el favor son polvo y humo:
las coronas del mundo son de espinas:
no hay laurel que no tenga amargo zumo,
no hay aura sin moléculas dañinas,
no hay triunfo colosal ni éxito sumo,
sin envidias rastreras y mezquinas:
con mis coronas vengo á tus altares
de mi gloria mortal á que me ampares.

XXXII

Madre, yo reconozco mi bajeza,
yo sé mi pequeñez y mi ignorancia.
Salva del rudo escollo en que hoy tropieza
el barquichuelo ruin de mi importancia.
Libra de humo que embriaga mi cabeza,
salva á mi corazón de mi arrogancia,
pues vengo en bien y en mal á tus altares,
ni en el mal ni en el bien me desampares.

XXXIII

Madre, hoy en prenda de mi fe, en tus aras
vengo á colgar humilde mis coronas:
prendas son, madre, para mí muy caras,
mas aún debo partir á extrañas zonas.
Por si allá por recónditas y raras
razones y desdichas me abandonas,
y me pierdo y las pierdo en mis azares....
guárdalas, madre mia, en tus altares.

XXXIV

Y aquellos que pusieron á mi planta
ó en mi sien esos lauros y esas flores,
diles que frases no hay en mi garganta
conque agradezca yo tales honores:
y si en mi fe no creen... ¡oh Virgen Santa!
si me juzgan ingrato á sus favores...
Madre mía y del Cristo, á tus altares
vendré de su injusticia á que me ampares.

XXXV

Virgen Santa, cuyo amparo
guardó allá mi inútil vida,
guarda en mi alma dolorida
las semillas de tu fe:
pues tu amparo á mí es tan claro,
mis coronas bajo él dejo:
ya sin raza... sólo... y viejo
¿para quién las guardaré?

A los jóvenes redactores de *LA CRONICA MERCANTIL* de Valladolid.

XXXVI

Vosotros los que flores y cantares
me echais al paso al regresar á España,
perdonadme la hiel de los pesares
que hace muda mi voz, mi faz uraña.
Escusad que postrado en los altares
conjure al genio ruin que me acompaña:
dejazme hab'ar para calmar mi duelo,
antes que con vosotros con el cielo.

XXXVII

Hermanos que acatais mis piadosos
votos, dejazme orar, pues sois cristianos;
pues españo'es sois, sed generosos
conmigo, y to'erantes como hermanos.
Dejadme, tras veinte años azarosos,
que alzando al sol de mis país las manos,
vuelva de calma con afán profundo
el corazón á Dios, la espalda al mundo.

XXXVIII

Esto que oso decir sé que es extraño;
que puede apenas perdonarse solo
á la honda convicción del desengaño:
mas yo á mi fe mi vanidad inmolo.
Sé también que es encubridor amaño
hoy tal vez la piedad y la fe un dolo;
que al par que á la ambición á la fe adula,
con la fe la política especula.

XXXIX

Mas mi fe no es hipócrita ni hartera,
ni á político bando pertenece,
ni á sombra del favor medrar espera,
ni adula á la opinión porque enriquece
la pluma. Creo en Dios con fe sincera,
y me humillo al favor que me enaltece:
y el que no crea que con fe lo digo,
vuelva á la mar y á México conmigo.

XL

Venga conmigo al mar, y en la crujiente
nave que el agua con furor azota,
y que arrebata el huracán rujiente
y que va ya desarbolada y rota,
alzará como yo al Omnipotente
con voz exhausta su oración devota,
pidiéndole no más con hondo anhelo
un punto azul en el perdido cielo.

XLI

Venga conmigo á la nación que en guerra
civil grita há diez lustros ¡muera España!
Y en aquel pueblo y en aquella tierra
que no producen màs que odio y cizaña,
al Dios se volverá que allí le encierra
en tal sentina de doblez y saña:
y si le vuelve Dios libre á Castilla,
ó apostató de Dios ó se arrodilla.

XLII

Vosotros que del vil materialismo
guardado habeis vuestra alma castellana,
y del frío é hipócrita egoismo
que roen hoy la sociedad hùmana,
que creeis en la fe que hay en mí mismo,
que no dudais en mi humildad cristiana,
sed mi mundo vosotros, sed mi escudo
contra ese mundo ante quien paso mudo.

XLIII

¡Oh hermanos míos! Mi honra y mi esperanza
encomendados dejo en vuestras manos;
si mientras por las vegas del Arlanza
voy mis deberes á cumplir cristianos,
de la calumnia ó el rencor me alcanza
algún dardo traidor, rompedle, hermanos:
y cuando muera, de mi fe en abono,
decid á mi agresor que le perdono.

XLIV

A dar un adiós último á Castilla
voy en la inmensidad de mi tristeza,
Debe volver del mar á la otra orilla;
si voy... de no tornar tengo certeza.
Vosotros que sondáis por qué se humilla
coronada de flores mi cabeza,
sancionad mi silencio con el mundo
sin dar razón de mi pesar profundo.

XLV

Me cantan por do voy, y no respondo:
me aplauden por do quier y paso mudo
como un espectro que devuelve el fondo
de su tumba á la luz hosco y ceñudo:
me buscan mis amigos y me escondo:
me saludan las damas y el saludo
no devuelvo... ¡velad por mi conciencia
mientras cumplo hasta el fin mi penitencia!

XLVI

Marzo, 13.

Mis padres yacen aquí:
antes de volver al mar,
voy en su sepulcro á orar
por si el mar me traga á mí.
Sin mí les cogió la muerte,
no escuché su último adiós,
quiero dejar de los dos
recogido el polvo inerte.
Me dejáron al morir
sin hacienda y sin hogar:
y yo les quiero dejar
un panteón en qué dormir.
¡Con qué emoción, con qué afán
por el cementerio adentro
penetro... pero no encuentro
sus sepulcros... ¿dónde están?
Al guardián octogenario
demando ¿qué ha sido de ellos?
y me heriza los cabellos
con un cuento funerario.

"Sus huesos ha removido
tantas veces mi azadón,
que Dios sólo en el montón
sabe ya cuyos han sido."
—¡Rompiste sus tumbas!
—Sí:
tu padre me lo mandó.
—¡El!
—¿No sabes eso?
—No:
cuéntamelo.
—Escucha.
—Dí.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

XLVII

. . . .

. . . .

¡Oh política maldita,
cuya ciega fe insensata
el amor del padre mata
y á los hijos se le quita!
¡Maldita sea en la tierra
la política opinión
que echa á Dios del corazón
y á los hijos se le cierra!

XLVIII

Espíritu, que ya en calma
duermes en la eternidad,
¡no veas la soledad
que me has dejado en el alma!
Hé ahí lo que pido á Dios:
que nunca ver te permita
la desventura infinita
que has dejado de tí en pos.
Mucho erré en mi juventud,
mucho errando te ofendí,
mas... ¡ni áun dejas para mí
tu polvo en el ataúd!
¡Tanto, padre, tu amargura
te cegó el alma y los ojos,
que me dejas tus enojos
fuera de tu sepultura!
Bien hecho está lo que has hecho:
yo me avengo á tal castigo.
¡Dios para hacer tal conmigo
te acuerde cual yo derecho.
¡Sino fué de ambos fatal!
condenados á él nacimos,
y nunca nos comprendimos
y el bien se nos tornó en mal.
Fama y oro para tí
gané con fortuna rara...
¡Y me volviste la cara
cuando á ofrecértelos fuí!

¡Tal odio á la poesía!
Rechazaste hasta una losa
en que escribiera piadosa
un epitafio la mía:
Y ella tu hacienda empeñada
con sus versos ha pagado.
¡Pobres versos que has odiado!...
Por ellos no debes nada.
¡Yo soy quien los odio ahora;
pues por ellos he perdido
esta vida que he vivido
día á día, hora por hora.
Mis versos son un cordel
que me aprieta el corazón:
¡Dios me echó la maldición
de ahogar mi dicha con él!
Y por ellos me condena
tal vez á dar honra y vida
por una causa perdida
empeñada en tierra ajena.
Mas ¿qué importa ya el lugar
ni el por qué pueda morir
el que no supo lograr
de su padre hacerse amar,
ni con su padre vivir,
ni sucederle en su hogar,
ni sus huesos reunir
bajo una cruz tumular
donde ir por él á llorar
y á Dios por él á pedir?

¡Maldita tal poesía
causa de tal desventura!
¡Y que haya una criatura
que aún tenga en algo la mía!
¡Que aún haya en la tierra un hombre
que envidie como laureles
el talco y los oropeles
con que empenachan mi nombre!
¡Vivas ruindades mezquinas!
Mi única venganza fuera
coronaros si pudiera
con mis coronas de espinas.
¡Jamás el alma os taladre
de la mía el duelo sumo!
Yo vago entre ruido y humo
paria sin raza y sin padre.
Maldita sea la opinión
política, por la cual
ahogó el amor paternal
el mío en su corazón.
Jamás bando seguiré:
mas si uno á seguir me obligan,
no será el de los que sigan
el que de mi padre fué.
¡Pobre padre! Partidario
de la ingratitud moriste
obcecado, pobre, triste,
y olvidado y solitario.
Y tu obcecación fatal
hizo tu opinión tan brava,

que hasta privarme intentaba
del cariño maternal.
  Dios no te lo permitió:
mi madre á Dios por su hijo
pidió... y lloró. . y me bendijo...
y me amó y me perdonó.
  Mi madre en mis manos deja
por tú no cuidarte de ellos,
de sus hermosos cabellos
una perdida guedeja.
  No lo supiste jamás,
y es la única herencia mía.
No he preguntado hasta el día
si había de ella algo más.
  Lazo que siempre llevé
sobre el corazón sujeto,
ha sido santo amuleto
que le dió esperanza y fe;
  Y hoy dos que á mi madre amamos
sus cabellos repartimos,
y los dos la bendecimos,
y los dos por tí rogamos:
  Pero pidiéndole á Dios
que tu alma ver no permita
la desventura infinita
que nos dejas de tí en pos.
  Por mí, padre, bien has hecho:
yo me avengo á tal castigo:
Dios para hacer tal conmigo
te acuerde cual yo derecho!

Tu política tenaz
te humilló y te empobreció:
en sus promesas falaz
te abandonó y te olvidó.
De sentimiento incapaz
el corazón te secó:
y en tedio amargo y voraz
lejos de mí te mató,
la política mendaz
fué la que te descarrió.
Espíritu, duerme en paz:
contra tí... ni Dios ni yo.
Mi poesía tenaz
los plazos por tí cumplió:
en sus promesas veraz
del olvido te sacó:
de una inmensa fe capaz,
mi cariño te guardó;
la política mendaz,
que no me contaminó
á ser te arrastró, falaz,
ciego sí, mal padre nó.
Espíritu. duerme en paz.
Erraste tú, pequé yo.

XLIX

Dios, que las conciencias ves,
sé para mi padre ciego:
la pena de ambos te ruego
que á mí en la tierra me dés.

Sirva á ambos de expiación.
la existencia solitaria
que he llevado como un paria
de la civilización.
Dígnate en cuenta tomar
que los versos que él me dijo
son Sanbenito que el hijo
penitente ha de llevar.
Y que toma en cuenta ten
por igual como favores
los silbidos y las flores
que por sus versos le den.
Y en cuenta ten, que en su afán,
con esos versos malditos
se ha de ir confesando á gritos
y mendigando su pan.
¡Dios mío! Aunque yo infeliz
viva mucho, y mal acabe,
yo solo de entrambos lave
hasta el último desliz.
Dame de mi posición
conocimiento profundo,
para no ser en el mundo
fariséo ni bufón.
Dame ¡Dios mío¡ humildad
que en la eternidad me abone,
y como Tú me perdone
mi padre en la eternidad.

L

Villa en que heredar debí
casa y fincas solariegas
y que hasta el polvo me niegas
del barro de quien nací;
¡adiós!—Pues ya para mí
no hay en tí lecho, ni hogar,
que derecho á reposar
vivo ni muerto me acuerde
en él... ¡adiós!. . ¿qué se pierde
con que me pierda en el mar?

LI

Deja la tierra, corcel,
de este lugar tras de tí.
¡Hasta las piedras en él
manan lágrimas de hiel
y vergüenza para mí!
Corre, que ya esta carrera
va á ser tal vez la postrera
en que tus lomos me das:
corre y dejemos atrás
toda tu comarca entera.
Corre, y de correr no ceses
hasta dar en las campiñas
y los valles burgaleses:
atropella por sus mieses,
atraviesa por sus viñas.
Corre, ya veo á lo lejos

de tus cerros solitarios
los ruinosos castillejos,
y los gallos campanarios
de sus pardos lugarejos.
Ya entramos en su distrito;
corcel, tu paso contén
por aquí; que necesito
buscar aquí un pueblecito
que para mí es un edén.
Castilla, cuyos castillos
hoy en escombros abruman
tus débiles lugarcillos,
y cuyas ruinas perfuman
las salvias y los tomillos;
Te llevé fotografiada
por donde fuí en mi memoria,
no he olvidado de tí nada:
jornada sé por jornada
toda tu tierra y tu historia.
Héme aquí en terreno amigo;
conozco el rumbo que sigo
palmo á palmo; sí, allí están
el hidalgo Villodrigo
y el moro Villaquirán.
Allá Pampliega en el cerro
que su alta nobleza abona,
alzando una cruz de hierro
do llevó Wamba á un encierro
su cabeza sin corona.
Aquí la vieja Celada

á cuyos pies agua corre
del Arlanza descauzada:
y allá Torre la almenada,
y allí Santiuste sin torre.
  Allá detrás de una cuesta
veo de Villaldemiro
la iglesia en un cerro puesta;
y de aquel pico en la cresta
los restos de Muñó miro.
  ¿Quién así te maltrató
¡oh Muñó! en ausencia mía,
que tan pobre te dejó
de las piedras con que un día
torreado te ví yo?
  ¡Pobre Muñó! A duras penas
conozco ya tus cimientos:
y tus torres con almenas
y tus puentes con cadenas
son ya un cuento de mis cuentos.
  ¡Pobre Muñó! Todavía
por tus recuerdos te adoro;
y no está lejos el día
en que halle mi poesía
en tus ruinas un tesoro.
  ¡Pobre Muñó! Tú me diste
en mi juventud abrigo,
y debo hoy que envejeciste
probarte que en mí adquiriste
entonces un buen amigo.
  Solo te queda un cantar

que recuerda tu fin triste:
y yo sé cómo evocar
á alguien que puede contar
á tu pesar lo que fuiste.
Pero... ¡Adiós! No formes queja,
Muñó, si adelante sigo
entre Arroyo y Villavieja:
que pararme no me deja
un afán que va conmigo.
Voy á buscar un lugar
en donde tengo un altar
en el que an es de morir
quiero á mi angel tutelar
evocar y bendecir.
Allí tras aquella loma
al pié de una torrecilla
blanca como una paloma,
las pardas tejas asoma
de sus casas Quintanilla.
¡Bendito el pobre lugar
donde mi madre nació!
!Bendito el modesto hogar
donde la luz á mirar
sus negros ojos abrió!
¡Bendito el aire que aliento
inspirando en su pulmón,
la dió vital sentimiento
con el primer movimiento
que imprimió á su corazón!
¡Bendita sea la estancia

de esta casa oscura y fría,
donde durmió en la ignorancia
angelical de la infancia
el sueño del primer día!
¡Bendita sea la campana
con que tocó á su bautizo,
y la fuente de que mana
el agua con que cristiana
el sacerdote la hizo!
Madre á quien idolatré,
y con quien nunca viví,
y cuya vida amargué.
¡Porque tal mi sino fué...
porque Dios lo quiso así!
Madre, de cuyo cariño
tan pocos años gocé,
de quien me apartaron niño,
y á quien, indócil lampiño,
yo obcecado abandoné:
¡Con cuánto afán busco ahora
cuanto dejaste tras tí!
¡Con cuánta fe mi alma adora
cuanto imagino, señora,
que guarda algo tuyo aquí!
De estas llaves y aldabones
de ventanas y portones
se aseguraron tus manos,
y sobre estos escalones
tus piececitos enanos.
Bajo este envigado techo

sonó aquella voz tan suave
que salía de tu pecho:
que Dios para tí había hecho,
como el canto para el ave.
En este rincón tenías
tu lecho casto y modesto:
y aquí ante la luz ponías
el espejo en que veías
tu faz, y tocado honesto.
Por estas calles pasaste,
por estas eras corriste,
en esta iglesia rezaste...
¡Madre, por qué no me ahogaste
cuando la vida me diste!
¿Por qué de la madre tierna
no pudo más el amor
que la vanidad paterna,
de quien nos tuvo el rigor
en separación eterna?
¿Por qué á extraños al fiar
mi padre mi educación,
antes que á tu hijo soltar,
no te dejaste arrancar
los brazos y el corazón?
¿Qué necesidad había
de lanzarme al mundo vano,
á mí que adorado habría
la ignorada medianía
del labrador castellano?
¿Que nos importaba en él

con humos de alta nobleza
salir á hacer un papel,
si en el alma se torna hiel
el humo de la cabeza?
¡Aquí hubiéramos vivido,
madre, los dos tan felices!
Nos hubieran mantenido
tan bien sin gloria ni ruido
nuestros granos y raíces!
Te hubiera aquí sin cesar,
pues que tu solo hijo fuí,
día y noche hasta espirar
al calor de nuestro hogar
tenido yo junto á mí.
Nadie hubiera de mí hablado,
ni me hubieran aplaudido,
ni me hubieran coronado,
ni en su cámara sentado
me hubieran reyes tenido...
Pero hubiera sido honrado,
y feliz hubiera sido,
viviendo siempre á tu lado
por tí en tu hogar cobijado
como el pichón en su nido.
Mejor que en tierras extrañas
en mesas de emperadores,
¡oh madre de mis entrañas!
comiera yo en sus cabañas
pan tuyo con tus pastores;
Y cuando tus ojos Dios

cerrado hubiera á la luz,
al morir yo de tí en pos,
bastara para los dos
una tumba y una cruz.
¡Deli ios!—Hacia la mar
se arrastra ya mi deber.
¡Adiós, villa! ¡Adiós, hogar,
que á ella la viste nacer
y á mí venirla á llorar!

LII

Virgen Santa de Muñó,
Soledad de Quintanilla,
á quienes mi mad e y yo
orabamos cuando aún no
se hablaba de mí en Castilla.
Pues que ni vivió conmigo
ni he de tener al morir
con ella en la tumba abrigo,
abreviadme ¡ay! el castigo
de mi vida porvenir.
Pues no me podeis volver
ni á la oscuridad de ayer,
ni á la calma de mi hogar,
ni á la que en él me dió el ser...
¡Enviad tormentas al mar!
Que del buque en que á él me lance
vaya un huracán en pos,

y en él de mi muerte el trance
tan sólo á saber alcance
el mar en que le hunda Dios!

LIBRO QUINTO

¡VÆ VICTIS!

EN LA CATEDRAL DE BURGOS

Junio-19-1867.

I

Honda inquietud el alma me atribula,
vago terror el corazón me prensa:
miro al cielo, y el aire que le azula
ennegrece á mis ojos niebla densa:
sondéo el porvenir, y se acumula
en su horizonte tempestad inmensa;
quiero cantar y el llanto me sofoca;
orar, y no hallo preces en mi boca.

II

Vuelvo tras larga ausencia á ver á España
con el placer que un náufrago la orilla,
y me acoge al volver de tierra extraña
en su regazo maternal Castilla:
mas un genio fatal que me acompaña
mi lengua anuda y mi cabeza humilla,
y mal mi pecho en su pavor alienta,
y de pesar mi corazón revienta.

III

¿Qué es de mi gratitud y mis cantares?
¿Vuelvo tal vez sin alma y sin aliento,
ó desdeño la tierra y los solares
do fuí feliz y amé y viví contento?
¿Dejé mi alma allende de los mares
y quedaron allá mi fe y mi acento?
No, todo en mi alma por Castilla aboga:
es mi duelo interior el que me ahoga.

IV

Algo á mí superior me paraliza,
mi inspiración poética impotente
torna, y mi pobre ingenio esteriliza:
no brotan las ideas en mi mente,
mi voz mi antigua fe no vigoriza,
presa del miedo el corazón se siente,
y la tristeza que me roe el alma
silencio exige y soledad y calma.

V

A través de los mares, de un amigo
espero oir la voz, y... ¡tarda mucho!
en vano tras sus nuevas me fatigo,
la tierra exploro y el silencio escucho:
y en la esperanza que de oirla abrigo,
con mi pavor desesperado lucho.
¿Qué es lo que oculta en México ¡Dios bueno!
este silencio de amenazas lleno?

VI

¡Insoportable afán! La noche oscura
no trae ya para mí la paz del sueño:
de día entre las gentes con premura
páso como visión de torvo ceño;
me enoja quien consuelcs me procura:
frio, el amor y la amistad desdeño,
y espero de esperar desesperado.
¡Oh si estuviera el globo taladrado!

VII

¡Tan'a nueva invención... tanto adelanto!
tanta electricidad, telegrafía,
globos, vapores... ¡y silencio tanto
y tanta soledad... tanta agonía!
¡y no poder en mi inquietud, Dios santo
la pena revelar del alma mía!
¡Y creer en tí, buen Dios, con fe sincera
y no poderte ni rezar siquiera!

VIII

Porque yo vengo al templo y sin rezarte
que estoy hincado ante tu altar advierto,
que está mi pensamiento en otra parte,
y que con frases para orar no acierto:
y mis vagas ideas ni aun del arte
con el primor multip'ice divierto.
Yo, que entro en esta catedral bendita
y el mundo de delante se me quita.

IX

Yo que he venido á ella pequeñuelo
con mi madre infeliz, que me enseñaba
á oir la misa y á invocar al cielo:
mientras yo, ignaro aún, solo saciaba
de ver el templo mi infantil anhelo,
y sus palabras santas no escuchaba;
y en lugar de atender al sacrificio,
admiraba encantado el edificio.

X

Yo que por fe, placer, arte y costumbre
cuando de Burgos la ciudad habito,
vengo á soliviantar la pesadumbre
del corazón en su ámbito bendito:
y esquivo la devota muchedumbre
aquí cual fuera la mundana evito,
para dejar que se apacente el alma
de triste paz y religiosa calma.

XI

¡Cuán poético es Dios! y cuán poético
es su templo católico, que encierra
cuanto conmovedor, grande y magnético
podemos concebir sobre la tierra:
desde el libro y el cántico profético,
hasta el grosero material de tierra:
desde la prueba real hasta el misterio,
todo, desde el bautismo al cementerio.

XII

La Catedral de Burgos, maravilla
del arte, de la tierra castellana
gloria y joyel, y fuera de Castilla
muestra sin par de fábrica cristiana,
es el templo ojival donde más brilla
la fe de una nación en su arte humana;
modelo de arte y fe, yo la contemplo
de ellas á par como museo y templo.

XIII

Percibe en sus católicos santuarios
la presencia de Dios el alma mía:
aspira en sus andenes solitarios
inspiración y fe mi poesía:
exaltan sus prodigios estatuarios
al éxtasis tal vez mi fantasía...
Con la imaginería de un retablo,
delirando tal vez plática entablo!

XIV

Sólo á quedarme en su recinto espero
ó á él cuando solo le supongo acudo:
y olvidándome aquí del mundo entero,
aquí al arte y á Dios adoro mudo;
sonrío á los relieves del crucero;
los bustos de los túmulos saludo:
canto en el coro, beso los altares,
y abrazo las estatuas y pilares.

XV

Y platico en espíri u á mis solas
ccn cuantos en su fábrica pusieron
las manos. Con sus mitras y sus colas
vienen tras mí a·zobispos y arcedianos,
salen con sus perillas y sus golas
á h blarme con sus obras, castellanos
y extranjeros á un tiempo, entalladores
plateros, a·quitectos y escultores

XVI

Sánchez, Diego de Siloe, Vallejo,
Gil, Bar‹uguete, el Borgoñón, Camargo...
toda gen'e leal del t empo viejo
que vivirá en la historia tiempo la·go,
salen conmigo á plática ó consejo
rcmpiendo un punto su mortal letargo,
y á hacerme imaginaria compañía
dándoles vez mi ignara poesía.

XVII

La catedral de Burgos abre ahora
de consuelo á mi espíritu un tesoro:
aquí ve á Dios mi alma, aquí le adora,
aquí su amparo omnipotente imploro:
y en la inquietud aquí que me devora,
por los que en riesgo están le ruego y lloro;
y aquí á solas á Dios pregunto en vano,
¿qué es ¡oh Dios! del buen Maximiliano?

XVIII

Aquí frente á la mágica escultura,
obra de Borgoñón incomparable,
me siento á ver cer ar la noche oscura
al umbral del cancel del Condestable:
y espero que del Cristo la figura
de su relieve se desprenda y hable;
y le pregunto en mi delirio insano,
¿qué es, buen Jesús, del buen Maximiliano?

XIX

Todas las tardes vengo: todas miro,
mientrás hay luz, el Cristo del relieve:
y en vano todas á sus pies suspiro,
porque ni me habla el Cristo ni se mueve.
Todas esperando me retiro
de que alguna por fin moverse debe
y darme nuevas de *él*... ¡delirio insano
de mi afán por el buen Maximiliano!

XX

Es una tarde parda; centelléa
el sol entre los cárdenos celajes
de un aplomado nubarrón que ondéa
ante él, cuyos flotantes cortinajes
entoldan su fulgor; amari léa
desgarrándole el sol por mil parajes
con mil rayos de luz de cuando en cuando:
mas el nublado ante él se va cuajando.

XXI

Penetran en las naves, por los huecos
de sus ojivos dobles agimeces,
los relámpagos vagos y los secos
truenos roncos aún: siéntese á veces
de las hondas capillas à los ecos
ir por las insondables lobregueces
el trueno á repetir que afuera zumba
de rincón en rincón, de tumba en tumba.

XXII

A la luz temerosa y fugitiva
del rápido relámpago brillante
os arquitraves en que el templo estriva
vacilan desquiciados un instante.
Toda imágen de altar salta de él viva:
no hay busto que no marche ó se levante,
pareciendo en redor por un momento
oda inmovilidad en movimiento.

XXIII

Parece la calada cristería
le los arcos y nichos ojivales
ndulante y flexible encajería:
as verjas y barreados barandales
anzas de militar caballería
ue avanza en escuadrones desiguales:
los tubos del órgano salientes,
restas de grifos, colas de serpientes.

XXIV

Tórnanse á su fulgor los rosetones,
ojos de leviatán que parpadean:
la labor de hojarasca y caneíones,
reptiles que en los muros culebrean;
las capillas profundas, panteones
donde libres los muertos se pasean:
las ventanas de vidrios losanjeados,
hornos de salamandras atestados.

XXV

Al lejano rumor de un ronco trueno,
miles de voces de invisibles bocas
pueblan del aire el impalpable seno,
incoherentes, gárrulas y locas.
Allí resuena un ¡ay! de angustia lleno,
allá muge un torrente entre las rocas,
allá el crucifijo del incendio estalla,
allá rompe el clamor de la batalla.

XXVI

Gime allí un moribundo que se queja,
allá rechina un cable que se amarra;
una ráfaga silba en una reja;
una tela se rasga en una barra,
canta en una cornisa una corneja...
Y el ruido del turbión que se desgarra,
en los huecos del órgano gorjéa,
bufa, muge, relincha y cacaréa.

XXVII

Del trueno al són y al resplandor del cielo,
nada queda sin voz ni yace inerte.
¡Un relámpago!... y pueb'an aire y suelo
móviles bultos mil—¡un trueno!... y vierte
su voz en él mil ecos de odio, anhelo,
triunfo, terror, placer, victoria ó muerte.
Pasan .. y pasa cuanto suena y gira,
la calma torna y el rumor espira.

XXVIII

¡Cuán poético es Dios! Qué poderosa
la fe del creador catolicismo,
que de grandeza artística rebosa
al enunciar el pobre cristianismo,
con esa sencillez maravillosa
de quien trae su poder consigo mismo!
¡Cómo atrae, cómo exalta el alma mía,
oh Santa Catedral, tu poesía!

XXIX

Bendita sea, sí, bendita sea
la religión sublime cuyo culto
todas las artes en glosar emplea
su sentido simbólico y oculto:
haciendo por doquier que el pueblo vea
su tradición histórica de bulto
en iglesias, imagenes y fiestas,
el sentimiento para herir dispuestas.

XXX

¡Qué fe, qué inspiración, que poesía
aspira en esta nave solitaria .
exaltada esta tarde el alma mía!
¡Cómo en este primor de imaginaria
del Borgoñón a Felipe me extasía
la escena angustiadora y tumultuaria,
en que la imagen de Jesús divina
inocente al patíbulo camina!

XXXI

¡Oh poder misterioso, oh fe del arte!
En esta maravilla de escultura,
se ve que el hombre en su alma tiene parte
de aquella esencia creadora y pura
con que Dios le hizo á él: Dios la reparte
en almas aptas á crear, y dura
en sus obras la chispa creadora
á cuya luz quien cree las ve y adora.

XXXII

Esa imagen del Cristo que camina
por el ajeno crimen al suplicio,
de ese pueblo feroz que le asesina
y le escarnece audaz entre el bullicio...
Del pueblo que hoy ante él se arremolina
para verle marchar al sacrificio,
como ayer á aclamarle se agolpaba
cuando triunfante en la ciudad entraba.

XXXIII

Hace en mí una impresión inexplicable.
Esa escultura al contemplar, me siento
extasiado en un doble é inefable
artístico y piadoso arrobamiento.
Paréceme imposible que no hable
ni se ponga ese cuadro en movimiento:
y la figura mística del Cristo
me hace acordar... de un hombre á quien he visto.

XXXIV

Libre de culpa y de virtud ejemplo
contempla al Redentor mi fe cristiana...
Mas... ruje el huracán fuera del templo,
y á intervalos la imagen soberana
á la luz del relámpago contemplo.
Esa escultura ¡aberración insana!
me hace acordar del buen Maximiliano
á merced del furor republicano.

XXXV

Estalló al fin la tempestad violenta:
el viento las vidrieras extremece;
y desencadenada la tormenta,
que va á arrancar la Catedral parece.
Culebrea el relámpago, revienta
el trueno, el agua cáe, desaparece
la luz... ya no distingo las figuras
santas de las marmóreas esculturas.

XXXVI

¡Qué tempestad, Dios mío! ¡qué medrosa
soledad! vago y temeroso ruido
llena la oscuridad, que pavorosa
por capillas y naves se ha extendido.
Extremécese el suelo en que reposa
la fábrica maciza al estallido
del trueno, y del relámpago á la llama
la tenebrosa oscuridad se inflama.

XXXVII

Qué efecto tan fantástico producen
en mi imaginación las llamaradas
de luz intermitente, que introducen
su fulgor en las bóvedas sagradas,
y á sus puntos más lóbregos conducen
olas de luz sulfúrea descargadas
que, al alumbrar los lóbregos rincones
les pueblan de fantásticas visiones.

XXXVIII

Es la primera vez que me amedrenta
la soledad de un templo, y que me espanta
la voz con que habla Dios en la tormenta.
Siento algo que en la sombra se adelanta:
algo percibo que en la sombra alienta,
preso me siento de pavura santa...
Cree mi fe .. aunque mi espíritu fluctúa...
que un misterio en la sombra se efectúa.

XXXIX

¡El relámpago!... ¡Dios! ¿qué es lo que he visto
en el cuadro de piedra? Tengo miedo
á la fulgúrea luz creí del Cristo
ver la figura audaz .. mover no puedo
los pies. ¡Otro relámpago! ¡oh, resisto
en vano á la evidencia... el rostro ledo
volvió hacía mí la imagen... No respiro
de pavor.—¡Oh prodigio! Yo deliro.

XL

¡Esa escultura vive!—una armonía
imperceptible casi en ella suena,
que de santa y febril melancolía
el embargado espíritu me llena.
Un incoloro albor de opaco día
comienza á herir la escultural escena:
y á su mística luz la piedra inerte
en visión á mis ojos se convierte.

XLI

Todo en el cuadro escultural se mueve,
las figuras de piedra se adelantan
detrás del Salvador, con pie tan leve
que rumor con sus pasos no levantan
al marchar por el campo del relieve.
No oso á Jesús mirar, porque no aguantan
mis pupilas la luz y la belleza
de su gloriosa y celestial cabeza.

XLII

Del cuadro, tras Jesús, desvaneciendo
se van del Borgoñón las esculturas,
y de Jerusalén á él van saliendo
por la puerta de piedra otras figuras:
cuya presencia bien aún no comprendo,
mas de quienes por bustos y pinturas
de relieves, sepulcros y paisajes
reconociendo voy los personajes.

XLIII

Cuanto la fe, el valor y la grandeza
de la España á la América es'abona
pasa ante mí: la histórica nobleza
que recibió á Colón en Barcelona;
Fernando é Isabel que á su cabeza
ciñen de ambos mundos la corona;
y Beatriz Galindo la Latina
entre Guttennberg y Colón camina.

XLIV

Los monjes de la Rábida, el aliento
de la fe de Colón, de quienes queda
la memoria en el gran descubrimiento:
Juan de Grijalva y Alvarez Pineda,
modelos de constancia y ardimiento
con Vespucio, Solís, Pinzón y Ojeda;
y el Papa que los mares con su mano
partió, cual Dios del mundo soberano.

XLV

Luego tras de Cortés los compañeros
de su sin par homérico heroísmo.
Las Casas, con los santos misioneros
que llevaron la luz del cristianismo
á la idólatra México: los primeros
mártires del rencor, el egoismo
y la ambición fatal de una raquítica,
torpe y errónea y suspicaz política.

XLVI

Carlos quinto, ya monje, del convento
con el traje claustral, su dinastía
austriaca trae en pos, con paso lento,
torva faz y mortal melancolía.
Cuantos al trono ó la fe alimento
dieron ó gloria á México algún día,
los obispos, los jueces, los vireyes
que le dieron fe, paz, gobierno y leyes.

XLVII

Los mercaderes íntegros y honrados
que luego opulentísimos señores,
fueron en sus incultos despoblados
de ciudades y puertos fundadores.
Los que dieron el nombre á sus estados
de su vida social los creadores
dando á las tribus bárbaras indianas
la honradez y la lengua castellanas.

XLVIII

Todo este lento y silencioso bando
de evocadas históricas figuras,
se va sobre el relieve colocando
en lugar de las santas esculturas:
y un ancho semi-círculo formando
y del paisaje ampliando las anchuras,
del postigo de piedra el paso franco
dejan, y en frente de él un cuadro blanco.

XLIX

Yo no sé qué de horrible me acongoja
viendo en el cuadro el pórtico judío,
al que un poder incógnito despoja
de sus figuras ante mí vacío.
Yo no sé qué de horrible se me antoja
que va á salir por él: marmóreo frío
como acceso febril me sobrecoje;
el corazón no late y se me encoje.

L

Mis pupilas devoran el oscuro
hueco cancel de la ciudad impía,
que libre deja en el judío muro
la evocación ante la vista mía.
Siento tras él un paso igual, seguro,
de tropa... héla allí ya... una compañía
de rifleros... ¡Dios mío... yo me pierdo
de ese tren militar tras un recuerdo!

LI

Sueño, visión, delirio... los antojos
disipa con que el alma me acongojas!
sondar me aterra lo que ven tus ojos:
de lanzas y de sables hierros y hojas...
rojas... divisas... uniformes rojos...
¡la librea imperial!... no... ¡blusas rojas!
¡forman el cuadro! ¿Quién? ¡delirio insano!
¡él!... ¡es él! ¡mi infeliz Maximiliano!

LII

Prisioneros con él sus generales
dentro del cuadro... Miramón, Mejia. .
los últimos... los únicos leales
al pendón de la hundida monarquía!
¡Vivos! ¡Fué vuestro afán! Sois liberales
los que bebeis su sangre á sangre fría!
El me ve, me sonríe, se adelanta
hacia mí, me va á hablar ¡víctima santa!

LIII

Habla, te escucho; que en mi oido suene
tu simpática voz mansa y serena
por la postrera vez, aunque me llene...
aunque me parta el corazón de pena.
Háblame aunque la vida me envenene
tu última frase de amargura llena.
Pon fin á la agonía porque lucho:
habla, aunque sea un sueño: ya te escucho.

LIV

MAXIMILIANO

"Oye: la tierra entera me abandona.
Dios sea juez de los que á tal abismo
me han arrastrado: mi alma les perdona:
Dios me basta: aquí en paz conmigo mismo
la tradición histórica me abona,
acompáñame el viejo cristianismo,
y asisten á mi muerte desastrada
la fe y la gloria de la edad pasada

LV

Francia se hizo á la mar: Roma me olvida;
pero pierden conmigo estas regiones,
la Iglesia queda tras de mí vendida,
muertas las europeas tradiciones.
Lo que México mata no es mi vida:
lo que á la boca aquí de sus cañones
tiene de su república la tropa,
es la vida en América de Europa.

LVI

Conmigo aquí que su poder abdique:
de los Hapsburgos hostia expiatoria,
que la posteridad me justifique.
Ni una palabra tú. Dios y la historia
hablarán: deja á Dios que me vindique:
mas si vuelve á Carlota la memoria...
conocerá tu voz... di la que muero
cristiano, emperador y caballero.

LVII

Dijo así: saludóme con la mano;
tomó lugar entre sus dos leales
Mejía y Miramón, Maximiliano,
y ofreció á los fusiles liberales
la noble faz y el corazón cristiano.
Precisión militar juntas é iguales
las armas asestó contra su seno:
¡Fuego!—dijo una voz—y estalló un trueno.

LVIII

Sueño, visión, delirio... á un estallido
todo se disipó; letargo breve
me embargó, y al volver despavorido
de él, trémulo de afán miré al relieve.
Sus figuras de piedra no han perdido
su inmóvil posición; nada se mueve;
la lluvia cesa, el huracán se calma. .
queda la tempestad solo en mi alma.

LIX

¡Oh leal monarca bueno,
que pudiendo tu persona
rescatar con tu corona
arrojándola á la mar,
de egoismo ruin ajeno,
de tu buena fe en abono
tu cabeza al pie del trono
preferistes arrojar;

LX

Como en Cristo en ti han befado
de una ley las tradiciones,
y el error de las naciones
te arrastraron á expiar:
como á Cristo te han llevado
á traición al sacrificio,
mas como El en el suplicio
encontrastes un altar!

LXI

¡Santo mártir! ¡Cuál sería
de tu espíritu la pena
al morir en tierra ajena
como infame salteador!
Yo te veo en tu agonía
como á Cristo en el Calvario
espirando solitario,
de tu raza redentor.

....

....

LXII

De tu crónica funesta
viva página arrancada
para dar, por Dios salvada,
testimonio de tu fe,
con mi voz desde la cresta
de un peñasco de Castilla,
como el buho y la abubilla
las tinieblas turbaré.

LXIII

Y al són de sus cañones,
presa en guerra ya cercana,
olvidar puede mañana
Europa al emperador,
en los viejos paredones
de su albergue castellano
llorará á Maximiliano
mientras viva, Su Lector.

LXIV

Dios, que libras las naciones
y las cargas de odio y yugos;
Dios, que Juez de los verdugos
y las víctimas serás,
Dios, que el sello á todo pones,
yo á tus pies por él orando
no venganza te demando...
¡Dios, justicia nada más!

EPÍLOGO

LXV

Oye, pueblo sagaz republicano,
que llevas *Dios y libertad* por lema,
tu Dios es un vil ídolo; en su insano
furor de Dios tu libertad blasfema.
Tiene la libertad limpia la mano
de oro y de sangre: su equidad suprema
de la equidad de Dios es santa hermana.
¿Es esta libertad la mexicana?

LXVI

No lo es: tu libertad liberticida
se ceba en los vencidos, atropella
la libertad que en la conciencia anida
de quien difiere de opinión con ella:
al que encomienda á su merced la vida,
por el afán de degollar, degüella:
y va, cual hiena vil, con el insulto
á hozar con el cadáver insepulto.

LXVII

La libertad es generosa: empieza
por lidiár y vencer; triunfa y perdona;
sólo acepta del alma la nobleza,
odia la tiranía y la destrona.
La tuya les arranca la cabeza
por quitar á los reyes la corona;
México audaz, de regicidio réa,
Si esa es tu libertad, ¡maldita sea!

LXVIII

Oye, México, aún: Maximiliano
no tendrá vengadores en la tierra:
mas deliras si sueñas que tu mano
le hizo tu prisionero en buena guerra.
No: Dios te le entregó: y es un arcano
de su Justicia que en su Juicio encierra.
No tienen en la tierra vengadores
los que cual *Cristo y él* son Redentores.

LXIX

Dios de su raza redentor le ha hecho
y *él* sus crímenes viejos ha expiado;
tú, con las balas que le enviaste al pecho
cuanto á Europa te liga has fusilado;
todos los lazos mutuos has desecho:
mas tal nudo al romper con tal pecado
olvidaste en tu cólera insensata
que muere á hierro quien á hierro mata.

LXX

Lo sabes como yo: Maximiliano
tu corona en las sienes no te puso
por propia voluntad; ni fue tirano
ni usurpador en México ni intruso:
fué á engañarle un partido mexicano
diciendo que era su nación; fué iluso,
fué víctima, vivió y murió tu amigo:
y es venganza su muerte, no castigo.

LXXI

Mas tu odio á Europa te arrastró muy lejos:
tu libertad con él has fusilado,
y en lugar de romper tus grillos viejos
otros grillos más duros has forjado.
Escuchaste del yankee los consejos,
y del yankee en la red te has enredado;
pues tanto odias tu sangre de Europea...
¡ojalá seas yankee y yo lo vea!

LXXII

¡Ojalá seas yankee y luterana:
porque para llegar hasta ese día
has de arrojar la lengua castellana;
la religión del Hijo de María!
Y tu ruin libertad republicana
es el vil lodazal de tu anarquía:
y sin fuerza, sin honra y sin altares
entregarás al yankee tus hogares.

LXXIII

Pero el yankee jamás será tu hermano,
ni irá á la par contigo, no lo esperes.
Dueño una vez del suelo mexicano
se apropiará tus minas y placeres;
te obligará á sembrar para él tu grano
le dará á sus colonos tus mujeres,
porque tu raza india hallará féa...
¡Ojalá seas yankee y yo lo vea!

LXXIV

¡Ojalá pronto tu anexión reclamen
los Estados Unidos, pueblo iluso!
Y has que á su madre en español no llamen
tus hijos, siervos ya del yankee intruso,
y odio en la leche de su madre mamen
al padre vil que en su poder les puso.
Es la ley del talión, nación ingrata;
á hierro muere quien á hierro mata.

LXXV

Desparrama tus hordas liberales
por tu suelo infeliz republicano:
y que borren las últimas señales
que hay de él de español y de cristiano,
borrando en tus banderas nacionales
tu *Dios y Libertad* en castellano.
Porque ¡oh nación de deicidio réa!
Dios con tu *Libertad* no se aperréa.

LXXVI

¿Un pueblo independiente y soberano
quieres ser?—el derecho está en tu abono:
mas eres más sacrílego y tirano
que el rey peor que se sentó en un trono...
¡Asesinas al buen Maximiliano,
á la Europa, tu madre, por encono!
México en él de parricidio réa,
¿Es esa tu libertad?—¡Maldita sea!

ADICION DEL LOCO COMENTADOR

LXXVII

Oye, Roma política y mundana:
Si apegada á los bienes de la tierra,
sin humildad ni caridad cristiana
fomentas las discordias y la guerra,
sin atender á la razón humana,
ni al tiempo oir que lo verdad encierra...
Dios de todos es Juez, y no perdona
al que el rencor y la venganza encona.

LXXVIII

Oye, Francia versátil y altanera,
que juegas con la fe de las naciones;
la fortuna no es más que una escalera
de mal asegurados escalones.
Quien pisa en uno mal, la rueda entera;
y como en ella des dos resbalones
como el que diste en México, te quedas
de la escalera al pie, porque la ruedas.

A D. Pedro Antonio de Alarcón

I

Los poetas, mi querido Pedro, son insoportables; y tenía razón el sabio aquel de la antigüedad que quería que fuesen excluidos de la República. Ni aun los locos podemos entrar en sociedad con ellos, sin salir con las manos en la cabeza.

Este libro no es el que te prometí en mi prospecto, y como todas las sabrosas especias con que había yo salpimentado mis notas y comentarios, no han de ser ya capaces de sazonar la desaborida pepitoria en que ha convertido este libro el autor de sus versos, me retracto de lo ofrecido por mí; y haciendo al poeta solo responsable de todo lo en él escrito, renuncio enviarte la estupenda prosa que debía de hacerme famoso, á la par de los versos que deben en mi juicio desacreditarle á él. *Suum cuique.*

Yo te enviaré por mi propia cuenta y bajo mi sola firma, el librejo de notas y comentarios que te prometí añadir á sus versos; y en él te diré *el algo* sobre México y Maximiliano que á mí me correspondía decir; cargue

el poeta con el mal porvenir de su drama del alma, que no quiero yo condenar la mía por pecados de la suya.

Para declarar disuelta mi compañía con el poeta, tengo, aunque loco, mis razones, y te las voy á exponer sin reparar en pelillos.

Como lo echarás fácilmente de ver por el número de páginas que los versos ocupan, el poeta se ha apropiado las doscientas á que debía limitarse el trabajo de ambos; y si á lo menos sus versos valieran la pena de suprimir mi prosa, podría yo resignarme á ello, pero escucha, Pedro mío, lo que es el trabajo del tal poeta, á quien Dios se lo perdone después de que el público se le desdeñe, la crítica justa se le destroce, y la mordad y apasionada le dé por él la más merecida cencerrada y la más oportuna paliza.

El autor de los versos de este libro (además de haberme robado para sus ramplonas estrofas el lugar destinado en él para una prosa que debía inmortalizarme), ha hecho del libro primero de los cinco en que se divide, un trabajo literario digno del sacristán que puso en octavas reales la regla de San Benito.

En su libro tercero, primo hermano del primero, ha enjaretado en verso prosaico unos dialoguitos entre Roma, Francia y Maximiliano, que pueden arder en un candil; concluyendo el tal tercer libro con una fantasía de pésimo gusto que hubiera extasiado y dejado vizcos á los románticos de 1839; pero que no hay narices con qué leer en 1867, por falta de espacios en que colocar

los a'ientos, y de un solo período del cual pueda colegirse que el autor tiene sentido común.

En su libro cuarto, se echa por esos trigos de Dios á buscar á su padre y á su madre, y á encomendarse á María Santisima, cosas muy santas y muy buenas tal vez, si no dejara plantado al lector en el valle de México, para venirse de un salto á rezar y lloriquear por Cataluña y Castilla la Vieja. ¡Vaya un brinco, Pedro mío! Y échales galgos á los poetas.

Mis más desesperados esfuerzos para encarrilarle por la vereda de sus argumentos, han sido inútiles; y todas mis razones de loco se han estrellado en sus razonee de pie de banco.

A la crítica mía de la naarración prosaica de su libro segundo, me ha respondido con el más impertinente desenfado: que "si no era verso, era verdad;„ y á la de sus extemporáneas excursiones del libro cuarto, me ha contestado que hacía veinte años que estaba au ente de España y que quería hartarse de andar por ella; que los vallesoletanos, los burgaleses y los palencianos eran hermanos suyos de padre y madre; y que no pensaba dormir en cama hasta haber dado á todos y á cada uno de ellos un cordial apretón de manos.

Figúrate tú lo que habré tenido que sudar para impedirle que abrazara á cuantos topaba por las cal es de Burgos y Valladolid; que se parara á jimo'ear con cuanta vieja le hablaba del tiempo pasado, y que besara y limpiara los mocos á los chicos de Quintanil'a como si fueran hijos suyos.

Por más que le hasía yo del brazo y me lo ponía de-

lante para enveredarle por su asunto, él se me largaba por una puerta falsa á un puerto vecino ó por una senda de cabras se me encaramaba hasta las ruinas de un castillejo, ó se me arrodillaba, en fin, en un abandonado santuario; y dale con que por aquella ventana le llamaba su madre, y que por aquella puerta salía su abuela, y que en aquel cuarto se le había muerto un tío y que al pie de aquel peral le había dado un beso una prima suya; como si á cada hijo de vecino de su edad no se le hubieran ya muerto padres y abuelos, y no le hubiera dado algún beso alguna prima: cosa tan natural entre parientes tan próximos.

Pero todos estos sustos y afanes míos, mi benévolo Pedro, han sido tortas y pan pintado, comparados con el trabajo de Hércules á que he tenido que dar cima, para no dejarle meterse en otro berenjenal, del que no nos hubiera podido sacar en seis meses aquel forzudo semi-Dios de la maza, modelo, envidia y admiración de los gañanes y mozos de cuerda.

Quería nada menos mi disparatado versificador, qu dar gracias á todos y cada uno de los poetas y amigos que le habían saludado á su vuelta á la patria, contestando á sus versos con otros en la misma rima y con los mismos consonantes, sin duda por aquello de interrogatorio et responsio.

Quería hacer trescientas quintillas á la gentil, franca y leal Carolina Coronado, precedidas de retumbante prosa al honrado Ferrer del Río; ésta imaresa en letra muy gorda, para que correspondiera con el tamaño de la persona á quien debía ir dirigida; y unos muy re-

piqueteados ovillejos á sus viejos amigos los asquerinos: éstos en letra muy pequeña por la razón contraria á la de la prosa de Ferrer; y una colección de romances á Ventura Ruiz de Aguilera, y á Camilo Jover, y á Narciso Campillo, y á Flores Arenas, y á Emilia Pardo Bazán, y al simpático Grilo, y á todos los redactores del Lloyd español y de la corona de Cataluña, y de todos los periódicos de Burgos, Valladolid y Madrid, que le dieron los buenos días ó las buenas noches; y quería escribir sesenta cartas humorísticas á Carlos Frontaura, y nueve sonetos á Núñez de Arce, y una novela en cuatrocientos capítulos á Fernández y González; y tenía además el plan de un poema fantástico, en el cual mostrara su gratitud al señor Barón de Andilla, y al General Covellar, y al marqués de Heredia, y á la Duquesa de N., y al Marqués de X , y á la Vizcondesa .. y á todos los que le habían honrado convidándole á comer y á bailar y á tomar té, y hasta á los que solo lo habían pensado; concluyendo su obra con un doble rombo, bien piramidal, que figurase un bonito reloj de arena, como aquellos que hacían la Avellaneda, Espronceda y él en aquellos tiempos romboidales en que tomó la poesía absolutamente todas las formas, hasta la de la alcuza.

En esta desatinada idea estaba emperradísimo el autor de los versos de este libro, pero al fin desistió de ella ante las siguientes reflexiones:

Primera: Que todo aquel fárrago con que él quería llenar diez volúmenes, podía reducirse á una sola composición dirigida á todos.

Segunda: Que aun esta única era preciso que la pensara mucho, porque podía parecer gana de prolongar el ruido y comezón inextinguible de hablar de sí mismo; defecto abominable en que había incurrido mil veces en estos últimos tiempos, y de que había llegado ya el de que se corrigiera para siempre, porque la modestia dobla el valor del que algo vale y hace valer algo al que ninguno tiene; y que darse por entendido de los hiperbólicos elogios que en tales casos se hacen á los que su fortuna se los procura, era lo mismo que ir diciendo por la calle: "miren qué buen mozo y qué talento tengo, cuando tantos chicoleos me echan al pasar los hombres y las mujeres."

Tercera: Que podían ofenderse los que con ingénua cordialidad le habían hecho versos y obsequios, al ver que se apresuraba á devolvérselos, como si fueran dineros prestados por usureros que se gravaban con interés—y, en fin, que lo mejor que podía hacer, era aguardar á que se presentara una ocasión oportuna de manifestarse agradecido al públi o y á sus amigos: que Dios se la depararía sin duda pues no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

Estas reflexiones mías debieron de hacerle fuerza, porque se puso á escribir el libro quinto de este volumen, que era á lo que debía haberse limitado desde el principio; encomendándome que tratara contigo, Pedro bueno, de buscar ocasión y manera de no pasar por vanidoso ni ingrato; y paréceme á mí que la publicación de este librejo es una ocasión pintiparada para que yo te encargue, á tí que conoces á toda la gente de

talento, á todos los literatos, poetas, artistas y actores de España que la han dado lustre con su nombre durante nuestra voluntaria expatriación, que les digas de nuestra parte estas ó semejantes palabras:

"Que cuando se nace en Castilla y se encuentra uno á dos mil leguas de España, en una tierra que tiene el empeño monómano de rebajar nuestras glorias nacionales, se reciben allá las noticias de nuestra patria como auras vitales que confortan y alargan nuestra existencia: que para los desterrados allende el mar, no hay partidos políticos ni literarios, y se enorgullecen con los triunfos logrados en la guerra de Africa por nuestros generales y ejércitos, como con los conseguidos en la tribuna, en la prensa y en el teatro, por nuestros oradores, poetas y actores; que leen con lágrimas de placer y de entusiasmo los versos de Selgas, Campoamor y Grilo, y las novelas de F. Caballero, Tárrago y Mateos y Fernández y González; que se rompen con gusto los guantes y las manos aplaudiendo *El tanto por ciento*, *Las querellas del rey sabio*, *La campana de la Almudaina*, *El loco de la bohardilla*, *El toisón roto*, y todas las producciones de los *ingenios nuevos*, como si fueran obras de sus hermanos y de sus hijos, y que eso es lo que han hecho el autor de estos versos y el loco de ellos comentador en México, y lo que esperan continuar haciendo mientras vivan en España, porque Dios les dió felizmente un corazón sin envidia, y una lealtad de la cual pueden dudar solamente los que no les conocen ,,

Díles, también, Pedro, que el que pueda creer que un

hombre en la posición del poeta autor de los versos de este libro, puede no agradecer ó desdeñar las muestras públicas de cariño que ha recibido al regresar á su patria, es preciso que tenga perdido el juicio ó gangrenado el corazón; y que el que no comprenda su fe cristiana y las causas de su silencio y aislamiento en las circunstancias en que le ha colocado la suerte en 1867, tiene que ser más tonto que lo que yo sería si escribiera sobre esto ni una sola palabra más.

Con que haz leer esta página, mi querido Alarcón, á los que tú creas que deben leerla; y no les dejes leer las demás, porque ésta es la única de este libro que vale la pena de ser leida, por ser la sola en que manifestamos, á nuestro entender, un átomo de talento, y es la que expresa la gratitud y lealtad de nuestra alma castellana.

Y á otra cosa.

II

En cuanto á aquel *Algo sobre México y Maximiliano* que yo intentaba decirte, formará libro aparte como ya te he indicado; y lo recibirás, querido Pedro, cuando el tiempo lo permita, porque aun cuando el poeta autor de los versos de este libro ha marcado en ellos con su pluma los puntos culminantes del cuadro que debí yo dibujar ante tus ojos, la poesía no es más que música celestial; y cuando es como la del *libro segundo* de los cinco de versos de éste, no llega á la destemplada música de la más desacordada murga.

Además, mis opiniones difieren de las del poeta respecto á México, y los detalles rapidísimos que voy á darte en lugar de mis notas y comentarios, te darán la muestra de nuestra divergencia de pareceres, constituyendo aquéllos la base de una historia de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México, *algo* diferente de las que se escribirán en México y en Francia por republicanos é imperialistas.

Y hé aquí *algo* de aquel ALGO que me proponía decirte:

La idea del imperio mexicano fué la elucubración de algunos diplomáticos que no conocían á México, unos por haber permanecido ausentes muchos años de aquella tierra y otros por la razón de no haber estado jamás en ella.

Y permíteme, Pedro, que te haga una observación entre paréntesis. (Los diplomáticos tengo yo para mí que son los que menos saben de los paises extranjeros por donde viajan, porque como viven solo en las cortes y capitales y están convidados á todos los bailes y á todas las cenas de los palacios, y tienen que pagar tantas visitas, no tienen tiempo de estudiar los paises, sabiendo de ellos lo que les dicen los periódicos y los habitantes de la capital.)

Y hecha esta observación, que no lleva intención maligna contra nadie, cierro el paréntesis y voy adelante con mi cuento.

El poeta dice en este libro que los mexicanos tienen mucho talento y mucha sagacidad. Esto debe de ser una gran verdad, aunque él te la haya dicho en verso

puesto que embarcaron en su descabellada intervención á los Emperadores de Austria y Francia, al buen Rey Leopoldo de Bélgica, á quien, como sabes, elegían todos los soberanos de Europa por árbitro de los negocios, y á las Reinas de España é Inglaterra. Ya ves si tendrán talento los mexicanos, cuando levantaron con él una polvareda capaz de cegar á todos los ministros, consejeros y diplómatas de aquellos dos imperios y de estos tres reinos.

Los que desde México azuzaban á los visionarios imperialistas de acá, eran en su mayor parte los del partido mexicano que ha tomado por lema *Religión y Fueros*; quienes por aquel entonces llevaban lo peor en su revuelta tierra; y en donde Juárez, de regreso de su segunda ejira, había audazmente acometido las más ultraliberales reformas, con asombro de algunos y contento de muchos, pero sin oposición de nadie.

Había vendido por más de setenta millones de duros los bienes del clero, derribado la mayor parte de los templos y monasterios, exclaustrado á los frailes y las monjas, establecido el matrimonio civil, abolido todos los fueros y privilegios; prohibido el traje eclesiástico, el toque de campanas, la enseñanza religiosa en las escuelas, etc.

Este buen Juárez lleva en las banderas de su partido el lema nacional de la República, que es *Dios y Libertad*. Averigua tú de qué Dios y de qué libertad hablará aquel lema.

Pero el de *Religion y Fueros* de los otros, también tiene gracia.

La religión (suponiendo que sea la de Jesucristo) establece la igualdad ante el tribunal de Dios y ante el de todos los poderes y tribunales que por medio de la administración de justicia representan su divina autoridad en la tierra; y el lema de este partido añade á su *religión* los *fueros*, es decir, exenciones, privilegios, rancho aparte del resto del pueblo.

Este partido tenía sus periódicos, el más marcado de los cuales era *El Pájaro Verde*, fundado y sostenido (según voz pública, tal vez mentirosa), por un alto personaje de aquella comunión política, y dirigido por un hijo de español, que se ocupaba en él de averiguar las vidas ajenas, de apuntar todos los rumores injuriosos y perjudiciales al bando contrario, encabezando sus artículos de fondo con textos latinos de los Apóstoles y los Santos Padres, y concluyendo con folletines morales de Eugenio Sué y Alejandro Dumas, cuidando además de alimentar su imprenta con reimpresiones de las novelas de los autores españoles y de las obras teatrales y líricas de sus poetas más favoritos de los lectores.

Ya ves lo que ganarán los editores que de aquí envían ejemplares de ellas, con corresponsales como *El Pájaro Verde.*

Te estoy viendo fruncir el entrecejo, Pedro, y te hace cosquillas en el pensamiento la idea de que voy mostrando mis puntas de *liberalesco*, como ahora he visto que por acá se escribe; pero para que te convenzas de que mi relato es imparcial, no tienes más que ...marte la molestia de descomponer el título del tal

periódico, y hallarás que *El Pájaro Verde* es el anagrama de *Arde pleve roja* (esta pleve con v pertenece á la ortografía mexicana, que no hace diferencia entre la b y la v, ni entre la s, la z y la c, y que es prima hermana de la del maestro andaluz, que decía á sus discípulos: *niñoz, zordao se escrive con eze y con ele*).

Me parece que en las columnas de un periódico cuyo título anuncia el deseo de quemar á la plebe, no rebosarán la tolerancia evangélica ni la caridad cristiana; y no creo en conciencia levantarle ningún falso testimonio suponiéndole para sus contrarios las intenciones de un gavilán con respect al pollo que se lleva en las garras.

Entre estos dos partidos arrojó al desventurado y leal Maximiliano la intervención europea, de la cual tuvo Prim el buen instinto de separar el pabellón español en las playas de Veracruz, por lo cual le debe estar la patria agradecida, aunque yo no estoy conforme con el modo con que se ganó el derecho á tal agradecimiento, como te contaré en mi otro libro.

Los franceses, que creen que el universo entero no es más que el patio de París, se fueron metiendo por México como por su casa; hasta que en Puebla les dieron los mexicanos una tollina que les obligaron á tantear la tierra antes de haber pensado sentar el pie sobre ella.

El poeta y yo te repetimos que los mexicanos tienen mucho talento; y yo te añado que tienen muchísimos talentos, uno de los cuales es el de buscar y hallar el lado flaco ó ridículo á todo lo grande, bello ó sublime

que va Europa, ó que puede hacerle sombra. Este es un gran sistema: con un cuentecito, una cancioncilla ó un dicharacho ingeniosísimos, apagan ante los ojos del vulgo la más luminosa reputación, antes de que tenga tiempo de admirar su brillantez.

Este talento le destilan á través de aquel principio florentino de *calumnia, que algo queda*, en unas composiciones que llaman "ensaladillas„, cada una de cuyas estrofas es una saeta envenada, que va derecha á la honra de un hombre, de una mujer, de una familia ó de una sociedad entera.

Unos ejemplitos: Se dió un beneficio en el teatro (no importa para qué objeto) y tomaron todos sus palcos las familias de más alta posición.

Al día siguiente circuló una ensaladilla por toda la ciudad, en la cual no había más que la numeración de los palcos, de esta manera.

En el que ocupaba la familia de un rico banquero, cuyas señoras oían misa todos los días y concurrían al teatro todas las noches, decía:

Palco número... la ópera y el sermón.

En el de un conocido personaje, cuya esposa tenía fama de dominarle, decía:

Palco número... Lo de arriba abajo.

En el de una familia, cuyo jefe tenía afición al juego, decía:

Palco número... el rey de bastos.

Y así de todos los palcos, aplicando á las familias que los ocupaban el título de una comedia que les satirizara.

Llegó nuestro embajador Pacheco, que era el primer embajador que iba a México, no habiendo tenido allí las naciones europeas más que encargados de negocios ministros plenipotenciarios ó cónsules generales. Todo lo que en una República puede tomarse por aristocracia, y toda la gente acomodada, salió á recibirle. Más de una legua de camino se cubrió de carruajes y de jinetes, toda la población estaba sobre la carretera de Veracruz.

A los pocos días se vendía en las tiendas una bebida, mezcla de aguardiente, pulque y otros ingredientes espirituosos que los léperos pedían á los tenderos, diciendo: déme usted dos cuartos de Embajada de España.

Estos detalles prueban la verdad de lo que en mi prospecto te dije: que México es un pais de broma, y ahora verás.

Avanzaban los franceses sobre Puebla y la pusieron sitio.

Una de las cosas que con más cuidado traía á los mexicanos era la destreza maravillosa con que se decía que los zuavos manejaban la bayoneta. Había quien aseguraba que ensartaban moscas en ella, y que un solo francés con aquella arma daba cuenta de tres jinetes mexicanos armados de lanza. Se formalizó el sitio, atacaron los franceses y resistieron los mexicanos: éstos se batieron como buenos; yo soy quien te lo digo, Pedro; la prueba es que el resultado final de la destreza de los bayonetistas franceses en los ataques á la bayoneta con los mexicanos, era que el francés ensartaba

en su bayoneta al mexicano por debajo del esternón, mientras el mexicano le ensartaba al francés por la mismísima boca del estómago, quedando ensartadas en sus fusiles muchas parejas de muertos de ambas naciones.

A estas infelices parejas las llamaron los mexicanos los *jemelitos* (las mancuernitas, que es como se llaman allá los dobles botones del puño de las camisas); y esta sola palabra, igualando al soldado mexicano con el francés, destruyó el prestigio de la superioridad de éste sobre aquél.

Y aquí terminó el miedo á las bayonetas francesas.

Lo mismo hicieron con todo, y así avanzó la intervención por la comarca de México, hasta dejar á Maximiliano y á Carlota en su trono y su capital.

Los republicanos se retiraron delante de ellos; pero teniendo la astuta previsión de dar en escritos, versos y cantares, el título de traidores á los partidarios del imperio, título que nunca favorece á ningún partido en ninguna nación.

Maximiliano creyó, y era lógico en su opinión, que él no debía ser jefe de un partido, sino formar con los elementos encontrados de todos los de México, el núcleo del elemento imperial; que debía fundir en un solo bando nacional todas las discordes aspiraciones y mal avenidos intereses; y creyó también, y en esto también era lógico que habiendo estado México medio siglo constituido en República, su imperio debía basarse en una constitución y unas instituciones necesaria-

mente liberales, sino habían de chocar con los hábitos contraidos por el pueblo.

Pero aquí de los de *Religión y Fueros*, que habían contado con que Maximiliano, católico y bendecido por el Papa, fusilaría y ahorcaría á todos los compradores de bienes eclesiásticos nacionalizados por Juárez, repartiendo á su vez entre los imperialistas los bienes y haciendas de los republicanos.

Maximiliano no podía acceder á semejante pretensión, que hubiera enajenado al imperio la simpatía del comercio extranjero, y de los que con él habían adquirido aquellas fincas al precio y bajo las condiciones con que el Gobierno entonces establecido las había sacado á la venta.

Maximiliano ordenó una revisión de las escrituras de venta en pro de los compradores de buena fe, y ordenó que devolvieran al estado las fincas no pagadas.

Los de *religión y fueros* le dijeron que el Gobierno de Juárez era ilegítimo y que no había podido vender; repuso el Emperador que tan legítimo era el Gobierno de Juárez como el de todos los presidentes que lo habían sido por la fuerza ó por la intriga: los dos únicos modos de llegar á la presidencia, desde la emancipación del país de la dominación española; tornaron á replicar ellos y á negar él, y en cuanto vieron que la revisión se entablaba y que una Comisión mexicana debía de hacer presentes á Pío IX la situación del país y las dificultades del negocio, hicieron comprender á los magistrados que incurrían en excomunión si daban curso á las revisiones; y las conciencias de los jueces que

habían sancionado las escrituras de venta hechas por Juárez, se escandalizó de la revisión de Maximiliano. Partió á Roma la Comisión mexicana para someter humildemente al Papa las bases de un Concordato, como los que se han hecho en nuestras naciones europeas; pero los de *religión y fueros* les minaron el terreno por medio de sus agentes en Europa.

Entonces fué cuando algunos periódicos europeos, á quienes tenían embaucados los religioneros-fueristas, cayeron sobre el acorralado Maximiliano, á quien dieron poco menos que por apóstata y hereje, diciendo que se vendía á los liberales, etc.

La Comisión mexicana anduvo muchos meses por Roma sin dar con Su Santidad, y Maximiliano se desprestigiaba con su poca influencia en las Cortes de Europa.

La Emperatriz, que quiso ayudar á su marido en esta cuestión la más vital de un imperio, estudiándola con su extraordinaria perspicuidad mujeril, se embarcó también para Europa, modelo de esposa y de soberana, á abogar ante las testas coronadas por la causa del Emperador su marido; pero tuvo la desgracia de *indisponerse* al ir á entablar su demanda, y Maximiliano esperó allá el resultado de su viaje, que no llegó nunca á saber positivamente.

Entre tanto los franceses (que se habían hecho lugar con el pueblo, durante el mando benéfico y conciliador del honrado Mariscal Forey), empezaron en el del general Bezaine á azotar á los mexicanos en el patio de la casa donde estaba alojado uno de los jefes, y después

á fusilarlos en la plaza de Mixcalco, so pretexto de que todos eran ladrones y de que era preciso extinguir el robo.

Comenzó á rebelarse el amor propio de los que un año antes eran ciudadanos, viéndose azotados como esclavos; y comenzó á despertarse el odio y el deseo de las represalias, sin que Maximiliano lograra mitigar aquellos rigores, pues las comisiones militares francesas eran inexorables, y sobre él echaron después los liberales lo odioso de aquel procedimiento arbitrario y tiránico.

Y aquí se vió un caso curioso en los anales de las intervenciones, que prueban que la peor causa puede llegar á hacerse nacional en un pueblo por la torpeza de los que le gobiernan.

La plebe mexicana tomó el empeño de sostener el robo como si fuera una industria nacional; y protestó contra su castigo de una manera original, que merece ser tomada en cuenta.

Mientras los franceses fusilaban á un mexicano, el oficial y los soldados del pelotón eran despojados por los léperos de alguna prenda de su vestuario, que echaban de menos después de la ejecución; operación que ejecutaban los léperos á riesgo de la vida, y que significaba bien claramente "nos fusiláis, pero os robaremos hasta que podamos fusilaros."

Convencidos de su impotencia ó por causas que no me importa investigar ahora, los franceses se retiraron de México; los republicanos comenzaron á extender sus guerrillas depredadoras por los terrenos que la

abandonaban; los imperialistas de buena fe comenzaron á desconfiar del porvenir, y Maximiliano bajó á Orizaba, enviando sus papeles y equipajes á Veracruz, resuelto á abdicar.

Trató de entablar negociaciones con los jefes republicanos, con el fin de asegurar las personas é intereses de los que habían sido adictos; pero los jefes republicanos, seguros ya de su triunfo, desecharon con desprecio sus proposiciones de avenencia, que probaban su amor á los mexicanos, á quienes ya solo podía proteger humillándose, lo que no vacilaba en hacer en pro de los suyos.

Dios le había destinado para pagar los pecados de Europa en América, y como á un corazón leal se le puede engañar muchas veces, se le volvió á hacer creer que el imperio era popular; que sólo le desprestigiaba la alianza y presencia da los franceses, y que los imperialistas podían aún disponer de veinte mil hombres y veinte millones de duros, para que el Emperador salvara en México la causa de la religión, de la sociedad y de las tradiciones europeas.

El caballero Maximiliano creyó que le deshonraría el volver la espalda á los que se creía en deber de protejer, y formando un plan de campaña que todavía hubiera podido dar un resultado más favorable, y que le hubiera permitido salir al menos con honor del país, se fué á encerrar en Querétaro con Miramón Mejía y Castillo; provocando á los republicanos á sitiarle en aquella plaza, mientras Márquez reunía en México el cuerpo de ejército y los elementos de guerra suficien-

tes para caer sobre los sitiadores. Estos no dejaron de acudir á la audaz provocación de los imperiales, y sitiaron á Querétaro; pero Márquez, en lugar de seguir puntualmente el plan del Emperador, fué torpemente á hacerse derrotar en Puebla por Porfirio Díaz, y volvió fugitivo á la capital, donde hizo maldecir al Imperio y desear la vuelta de los republicanos con sus tropelías y exacciones.

Encarceló á los ricos para hacerles vomitar dinero, y les tuvo en pie sin silla ni cama en qué reposar; echó una contribución diaria á todo vecino que tenía algo, y cogió de leva á los indios abastecedores de víveres á la capital para hacerles trabajar en las trincheras, privando así á la ciudad de abastecimiento.

Se pagaba el maíz á cien duros y el trigo á ciento cincuenta; los pobres se morían materialmente de hambre y unas familias vendían para comprar alimento los muebles que otras más ricas compraban para calentar el suyo.

Sabiendo la catástrofe de Querétaro, dió la falsa noticia de la derrota de Juárez y de la vuelta próxima de Maximiliano triunfante.

Se echaron las campanas á vuelo y se creyó en un milagro de Dios, entre cuyo tumulto desapareció el general, y al día siguiente los liberales intimaron la rendición á la capital.

Así cayó Maximiliano en poder de Juárez; y los periódicos, que le tacharon de mal católico, de mal europeo y de traidor á su propia causa, dijeron que era un héroe y un mártir, y pidieron á grito herido venganza

á Dios. ¡Ay! Dios no es ministro de la venganza de nadie. Dios castiga, pero no se venga, porque la venganza, que pudo ser el placer de los dioses del paganismo, no cabe en el Dios de los cristianos, que es la suma justicia y la suma perfección; Dios castiga y nada deja sin premio y sin castigo sobre la tierra, pero no se venga; Dios castigará.

Por estos rápidos y desaliñados apuntes comprenderás, Pedro mío, que el *algo* que yo intentaba decirte, debía de constituir una historia de la intervención francesa y del imperio de Maximiliano en México, *algo* diferente de como la contarán los franceses y los mexicanos: los republicanos que fusilaron al Emperador y los imperialistas que le abandonaron, y de cuya historia mía iban á desprenderse naturalmente las siguientes consecuencias:

Que el Imperio mexicano fué un sueño, que no pudieron realizar Austria, Francia y Bélgica, que dieron tropas para tal intervención, y que este desengaño debe servir á la Europa entera de lección, y dar la norma de sus relaciones para el porvenir con las Américas españolas.

Que lo que se deseaba en México por el bando antijuarista, no era un imperio nacional mexicano, sino un imperio que hiciera triunfar su partido.

Que el catolicismo hubiera logrado más de un Concordato hecho por Maximiliano, que lo que ha de rescatar de las garras de Juárez y de las de los republicanos que no dejarán el valor de dos reales de la hacienda de la Iglesia.

Que los partidos religiosos y los periódicos de acá, deben reflexionar antes de hacer suya la causa de los partidos *religioneros* de allá; porque el *Dios* y la *libertad* de América no deben de ser los mismos que los nuestros; pues *Dios* y *libertad*, *religión* y *fueros* y todos sus programas, sus proclamas y sus anagramas y todos sus lemas, se traducen al castellano por éste: *detrás de la cruz, el diablo*; y que las palabras y las teorías son las mismas; pero las prácticas de los hombres, no es fácil que las apadrinen como suyas ni *Dios* ni la *libertad*.

Que por aquello de *morto leone, á moro muerto*, y *del árbol caido*, Maximiliano tendrá por ahora que cargar con las culpas de todos—y verás como Lerdo de Tejada (que es uno de los menos lerdos de aquel pais, en donde nacen pocos) te prueba en su *memorandum*, como tres y dos son nueve, que sus republicanos eran inocentes é inofensivos como monjas, hasta que el bribón de Maximiliano vino á degollarles como corderos. —Y verás también como, si los *religioneros* vuelven al poder y publican su *memorandum*, para emparejar con el de Lerdo, te prueban también en él que la ignorancia, la ineptitud y la terquedad del herético Maximiliano, fueron la causa de la caida del Imperio; porque aquel obcecado príncipe no se dejó gobernar ni aconsejar nunca por ellos, que le hablaban en nombre de Dios.

Que la República será de hoy más la forma de gobierno en México y en la América española, donde la Europa ha perdido toda su influencia y la mitad de su

comercio futuro, por el error de Francia, y que por este error se ha burlado, se está burlando y se burlará México sólo de la mitad de Europa.

Que Juárez y sus republicanos estuvieron en su derecho al fusilar á Maximiliano, á quien nunca reconocieron más que por su enemigo; pero que abusaron infamemente de tal derecho, fusilando á un hombre cuya excesiva bondad todos conocían; acusándole de crímenes que jamás pensó cometer, y ponderando la necesidad en que se vieron de fusilarle para la salvación de la patria, que no puede estar más perdida que en sus manos.

Que *nosotros* no abogamos por Maximiliano y Carlota sólo porque ellos fuesen príncipes ó porque nosotros seamos serviles; sino porque eran unos príncipes buenos, inteligentes y deseosos de buena fe del bien y el progreso de México.

Que el autor de los versos de este libro y yo, no tenemos el más leve átomo de rencor ni enemistad á los mexicanos, cuya perspicacia, talento, cortesía á instrucción hemos celebrado de buena fe en este libro, cuando de ellos nos ha tocado hablar; que pensamos dar idea de su civilización y de la poesía de sus costumbres y de su país, en otro libro menos ingrato, en que hablaremos de su vida, de sus haciendas, de los gallardos ejercicios de su equitación en sus coleaderos y lazaderos; de sus bailes y sus canciones que rebozan gracia, originalidad y carácter: porque lo único que encontramos malo, y por lo cual no les tenemos rencor, sino compasión, es su absurda, su maldita política ba-

sada en el odio monomaniaco que tienen á Europa, y sobre todo á España (Gachúpia), cuya raza son y cuya sangre corre por sus venas.

En este sentido hemos hablado de México agriamente en verso y prosa en este libro, pero protestamos que solo considerándolos bajo el punto de vista político, y no social ni personalmente.

Sentiremos que así no lo comprendan; pero si así no fuere, también nos pesará mucho, porque les daremos ocasión de mostrar su verbosa erudición, su gracejo nacional y su agudeza chispeante de gracia flexible y de punzante malicia, al devolvernos lo que crean que les ofende.

Y esto, en lugar de dolernos, nos enorgullecerá, porque vendrá á corroborar nuestra aserción de que tienen mucho talento.

La política les envenena el corazón, y es la única tacha de sus buenas cualidades; así que, si arrastrados por esta nacional antipatía política, nos envían en contestación unas cuantas calumnias bien intencionadas, ó unas cuantas injúrias bien personales, las recibiremos cordialmente como chistes del pais, pues estamos acostumbrados á leer el *Pájaro Verde* y *El Gachupín*, que se publicó á la llegada de Prim con la intervención.

III

He leido en no sé qué periódico de por acá no sé qué sobre los remordimientos de Juárez por la muerte de Maximiliano.

Juárez tiene orgullo y no remordimientos de tal pecado, y no se cambia ahora por Alejandro Magno si resucitara, ni por Cronwel á quien parodia.

Los remordimientos son hijos de las creencias religiosas; y vayan á preguntarle al indio Juárez cual es su opinión sobre el catecismo del P. Ripalda. Juárez cree (y tal vez no yerra), que ha dado el cachete á la influencia europea en América con la muerte de Maximiliano. Ha insultado impunemente á Austria y á Francia en sus embajadores y súbditos; ha demostrado la impotencia de las intervenciones y conserva insepulto el cadáver del Emperador, para jugar con Austria al tira y afloja, ó para poner al fin un precio enorme al piadoso anhelo de la familia imperial.

Este sacrilegio es lo que no le perdonamos ni á él ni á sus secuaces; pero no teniendo la vanidad de creernos competentes, para juzgar de las razones que tienen Francia y Austria para no darse por entendidas por ahora de ello ni de *la indisposición* de la Emperatriz, comprendemos que nuestro papel es el de irnos con la música á otra parte, y nos vamos: porque en política somos *ceros á la izquierda*; en la sociedad nuestra importancia está representada por el signo *menos*, y en los anales de la literatura patria no somos más que *una errata* de imprenta que *deslnce* una página.

IV

Este libro no tiene en sí más que una cualidad buena: la de su *inoportunidad*, y de propósito hemos sus-

pendido su publicación hasta que fuera importuna estemporánea, porque habíamos llegado á apercibirnos de que nuestros amigos sospechaban que queríamos también especular con el nombre y la catástrofe de Maximiliano, publicando un libro de circunstancias, cuyo éxito asegurara su interés de actualidad.

Las cuestiones de Italia y Oriente, la actitud de Prusia con Francia, y otros acontecimientos que absorben la atención universal, hacen de la publicación de este libro una cosa parecida á una piedrecilla tirada al mar, y nos damos de ello la enhorabuena.

El autor de estos versos y yo hemos querido á Maximiliano en México como si hubiera sido nuestro padre; hemos llorado su muerte en España como si hubiéramos sido sus hijos; y no haremos jamás de su nombre ni del de la Emperatriz Carlota un objeto de lucro ni mucho menos un medio de meter ruido ni de darnos importancia.

Consideramos á Maximiliano, desde que le vimos entrar en la capital de México, como una víctima expiatoria enviada por Dios al altar del sacrificio; le vimos luchar con sus tribulaciones, sonriendo con la resignación de los mártires; nos prodigó las más cariñosas muestras de cordialidad, mientras pudo sin riesgo nuestro manifestarnos en público su amistad, y nos apartó de sí, cuando vió que se iba acercando la hora del peligro.

Nosotros, humillándonos ante los Juicios del Omnipotente como cristianos, nos preciamos de ser de los pocos (no osamos decir los únicos) que conservaremos


THE UNIVERSITY LIBRARY • UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO •



THE UNIVERSITY LIBRARY • UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO •